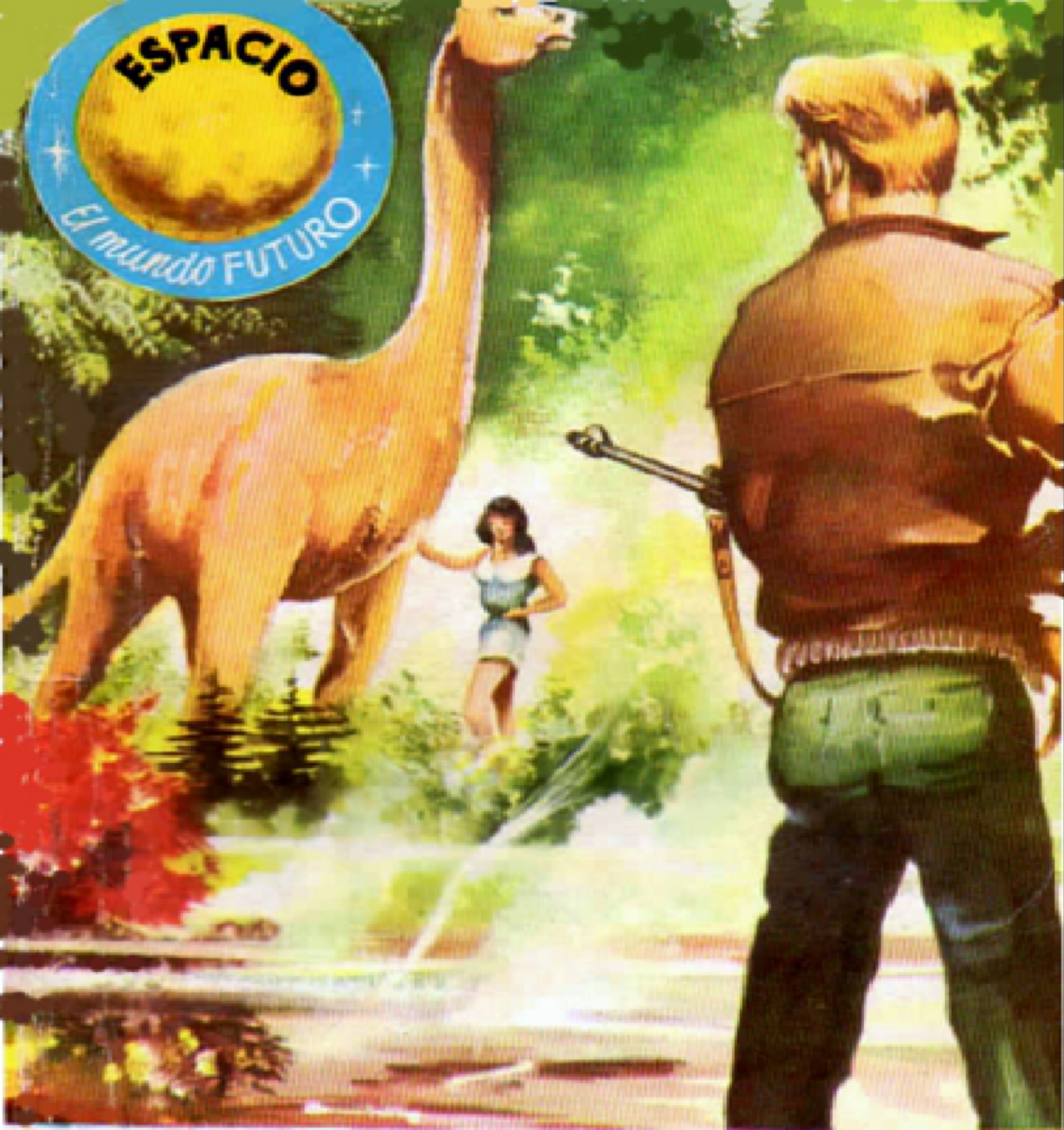


EL VALLE DEL PASADO

C. CARRADOS

El valle del pasado

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/230

CAPÍTULO PRIMERO

Los habitantes de aquella pequeña aldea negra estaban aterrorizados.

La aldea, un pequeño conjunto de chozas de cañas y bálago, instalada al borde de una enorme ciénaga, era tan insignificante que apenas si figuraba en los mapas más especializados.

Como suele decirse con una frase casi tan vieja como la Humanidad, los más ancianos del lugar no recordaban el tiempo que hacía que habían visto por allí a un hombre blanco.

El hombre blanco era, para los más jóvenes y algunos de edad, una especie de leyenda, sólo apta para ser escuchada en torno a la hoguera durante las noches, pero no una realidad visible y tangible que pudiesen afirmar existía.

La aldea estaba situada en el intrincado corazón del África Ecuatorial en donde todavía, a pesar de las exploraciones que se han sucedido sin descanso en los últimos ciento cincuenta años, quedan lugares que no han sido jamás hollados por la mano del hombre.

La ciénaga era enorme, tanto que apenas si podía divisarse su final, enmarcado hacia el sur por una abrupta cadena de montañas, no muy alta quizá, pero sí arriscada, que hacía punto menos que imposible el paso a través de ella.

Hacia la parte norte, espesas selvas cubrían el paso, de tal modo que no se recordaba apenas de nadie que las hubiese franqueado. Animales de todo género pululaban por la jungla con la misma salvaje ferocidad que sus antepasados de cincuenta siglos antes habían poseído.

Los únicos pasos libres para acceder a la aldea, quedaban por el este y el oeste, pero aquellos negros vivían tan temerosos, no sólo de las fieras que constantemente hacían incursiones en sus dominios sino también de los otros vecinos tribales, que pocas veces se movían en un radio de longitud igual al que podía alcanzar un hombre caminando del alba a la noche. Y salvo para un necesario intercambio de algunas cosas que no se producían allí —la sal entre ellas—, los tribeños de la aldea no solían alejarse nunca a más de quince kilómetros de distancia en cualquier dirección.

Hasta entonces, su vida había sido relativamente monótona, con la única alteración de algún esporádico ataque de fieras mayores. Contaban con la periódica plaga de la langosta como algo que tenía que suceder de todas formas, la mosca Tsé-Tsé acribillaba sus ganados y algunas enfermedades repugnantes que ordinariamente se curan solamente con un poco de higiene, hacían presa invariable de los aldeanos, sin discriminación de sexo o edad. En suma, era una tribu en trance inevitable de extinción.

Pero en los últimos tiempos, ciertos sucesos habían conmovido a la "opinión pública" de la aldea. Los encargados de la alimentación —hombres que cazaban, generalmente, pues del laboreo de las tierras se encargaban las mujeres y los ancianos—, vinieron con la historia de que habían visto un animal gigantesco, mayor aun que un elefante.

La cosa no pasó de una serie de rumores que duró una semana escasa, al cabo de la cual, fue olvidada como si nunca hubiese sucedido.

Dos semanas después, otro grupo de cazadores regresó manifestando algo muy parecido. Al anochecer de aquel día, todo el mundo, aterrado, se encerró en sus chozas.

Por la noche se oyeron unos ruidos espantosos, que no tenían parangón posible con ninguno de los conocidos hasta entonces. Rumor de árboles derribados y matas aplastadas con terrible violencia llegó a oídos de todos los tribeños, sumiéndolos en un pánico insuperable que les impidió conciliar el sueño.

Aquellos ruidos cesaron, repitiéndose durante unos días, aunque en menor proporción. No obstante, al amanecer los hombres que salían de caza observaron en los campos recién labrados unas huellas gigantescas que no podían confundirse en modo alguno con las de los elefantes que ellos conocían tan bien.

Los animales empezaron a mostrarse inquietos. Los canes se pasaban

las noches aullando lúgubremente y el terror más desatado empezó a hacer presa en aquellos pobres cerebros.

El espanto llegó a su colmo cuando una noche, sin previo aviso, algo atravesó la aldea como un huracán. Nadie lo vio, nadie supo qué era, pero una docena de chozas que estaban en el camino de aquella cosa, fueron aplastadas como simples cajas de fósforos. Algunos de sus habitantes pudieron salvarse pero otros, la mayoría, murieron aplastados bajo las patas de aquel gigantesco animal que nadie había conseguido ver con claridad.

El, llamémoslo así, concejo de la tribu, acordó reunirse y tomar una decisión en el caso.

Como era de esperar, el desacuerdo más absoluto imperó en la reunión.

Unos querían marcharse, otros hablaban de preparar una trampa tres veces mayor que la que disponían para los elefantes cuando éstos organizaban su periódica migración en la época del celo, y no faltó el fanático que opinando que todo aquello se debía al enojo de los dioses, propuso el sacrificio de una doncella a fin de aplacar la cólera de las deidades protectoras de la aldea.

Por último, hubo quien habló de modo más sensato y fue un individuo tan anciano, que nadie, ni él mismo por supuesto, sabía cuándo había nacido. Era el único que recordaba con claridad haber visto a un hombre blanco y recordaba, asimismo, los palos de fuego que éstos llevaban y que con tanta facilidad abatían los más pesados paquidermos. Entonces prevaleció la opinión de este último y se acordó enviar un mensajero a la aldea más cercana, con el fin de que, tras la oferta correspondiente de unos cuantos colmillos de elefante, les proporcionaran el hombre blanco que les liberase de tan desagradable amenaza.

Así se hizo y el mensajero fue enviado. Volvió con las orejas encendidas por las burlas de que había sido objeto, pero habiendo conseguido su objetivo. El hombre blanco vendría con su palo de fuego.

Efectivamente, el tam-tam, el infalible telégrafo de la selva, propagó la noticia. A través de los bosques y las sabanas, de los montes y de los ríos, se transmitió la petición.

Y vino un hombre blanco, un cazador profesional de Kenya, con su correspondiente safari. Víctor Beryl, acompañado de unos cuantos

guías, recorrió la ciénaga exhaustivamente, sin lograr hallar otra cosa que unas cuantas huellas en el barro, procedentes de las patas —¿o eran garras?—, de un gigantesco e invisible animal.

Beryl regresó a Nairobi, sin haber conseguido nada positivo. Hizo revelar las fotografías y las envió a un amigo suyo, empleado como redactor en una importante revista geográfica, acompañándolo de un relato de todo lo sucedido.

El «*Geographic Magazine*» llegó, como todos sus números anteriores y con la puntualidad de costumbre, a manos de uno de sus suscriptores, el profesor Harry E. McCall, uno de los más reputados paleontólogos de la Universidad de Edmonton, en la provincia canadiense de Alberta.

El profesor McCall leyó muy interesado aquel número de la revista, especialmente el artículo dedicado a las huellas encontradas en la remota aldea africana.

El artículo le hizo meditar mucho, hasta que un buen día, arrastrado irresistiblemente por su pasión científica, lió los bártulos y, sin encomendarse a nadie, salió volando hacia Nairobi.

Allí contrató, por medio del redactor del «*Geographic Magazine*», del cual llevaba una carta de recomendación, al cazador Beryl y éste le organizó un completo safari, no sin hacer antes las oportunas advertencias al profesor.

—Mire usted —le dijo—. Yo he visto esas huellas, pero no acabo de creer en las fábulas y consejas que me contaron aquellos negros. El salvaje, en África, es muy dado a creer toda clase de sucesos, reales o no, y confunde lamentablemente la fantasía con la realidad. Sí, ya sé que usted, profesor, me va a objetar que el testimonio gráfico de las huellas que yo fotografié es irrecusable. Pero de vez en cuando se ven elefantes gigantescos, de tamaño poco común, que…

—Conozco la forma de pisar de un elefante —le interrumpió secamente el profesor—, aunque no pueda decir que los haya visto fuera del Zoo. Pero eso que usted grabó en la película no es, en modo alguno, la huella de un proboscidio. Si no tuviera miedo a ser tachado de iluso —¿por qué se cree, si no, que he emprendido la expedición solo y por mi cuenta?—, le diría que la huella corresponde a uno de los saurios que existieron hace bastantes miles de años, concretamente en la Era Secundaria de la historia de nuestro planeta. Y donde hay la huella de una pisada, está el ser que la produce, ¿me comprende

usted?

Beryl miró fijamente a su interlocutor. McCall era relativamente joven, unos treinta y seis años, y le dio lástima verlo ya tan chiflado.

—Está bien —dijo—. A fin de cuentas, es usted el que paga, profesor. Mi misión es llevarle únicamente a donde se le antoje y cuidar de que su vida no corra ningún riesgo. El resto queda de su cuenta.

—Celebro que piense de tal manera, Beryl. Y —le palmeó efusivamente el hombro— si encontramos ese saurio gigante, una buena parte de la fama que adquiramos le corresponderá a usted también.

Después de varias semanas de marcha, llegaron a la aldea negra, cuyos pobladores se mostraron la mar de contentos por la aparición de los dos hombres blancos, de los cuales esperaban el término de sus inquietudes. La bestia se había dejado ver o, por mejor expresarlo, sentir nuevamente al cabo de un tiempo de tranquilidad, y temían una nueva incursión de la misma, con las mismas catastróficas consecuencias de la vez anterior.

Después de un par de días entregados al descanso y a la elaboración de un plan de campaña, reemprendieron la marcha, acompañados por media docena de los individuos más valientes de la aldea.

Se adentraron en la ciénaga.

Durante un mes la recorrieron de arriba a abajo, sin encontrar el menor rastro del supuesto monstruo. A última hora, Beryl empezó a insinuar la conveniencia de dar media vuelta, pues las provisiones empezaban ya a escasear y, por otra parte, la época de las lluvias se aproximaba, cosa que en nada podría favorecerles si continuaban en aquella comarca.

El profesor pensó si no le habrían engañado sus anhelos. En los últimos días se mostraba nervioso y desasosegado, y Beryl, hombre observador y habituado a tratar con todo género de clientes, se dijo que sería conveniente perderle de vista, no fuera a cometer una tontería irreparable.

“No me haría gracia —refunfuñó para sus adentros—, que por culpa de su chifladura, la Asociación me privase de mi licencia de cazador".

A ruegos de McCall, consintió en concederle una semana de prórroga.

Al tercer día de aquella semana, llegaron al límite sur de la ciénaga, a unos cinco kilómetros de distancia de las montañas que cerraban el paso por aquel lugar.

El viento trajo de repente un hedor imposible de describir. Fue una ráfaga indescriptible que estuvo a punto de marear a los blancos, los cuales resolvieron la situación atándose a la nuca unos pañuelos empapados en colonia, que les cubrían la boca y las fosas nasales.

—¡Diablos! Beryl ¿De dónde cree usted que sale esta peste?

—Algún elefante muerto, sin duda —masculló el cazador, renegando para su coleto.

Súbitamente, uno de los porteadores del safari lanzó un grito penetrante, al mismo tiempo que levantaba la mano derecha, señalando un punto determinado.

McCall y Beryl miraron hacia aquel punto, descubriendo una bandada de aves de rapiña que revoloteaba continuamente encima de algo que no podían divisar claramente desde el lugar en que se encontraban.

—Tendríamos que ir y averiguar lo que sucede —sugirió el profesor.

—Peor ya no oleremos —gruñó el cazador, moviendo la mano para indicar la reanudación del avance.

Ahora caminaron más aprisa, espoleados por la curiosidad. Los exploradores que iban en vanguardia se afanaban en machetear las plantas y lianas que les cortaban el paso, abriéndolo para la hilera de hombres que les seguía detrás.

Por lo que pudiera suceder, McCall y Beryl llevaban los rifles prevenidos.

Súbitamente, desembocaron en un claro de la selva, en donde el hedor se hacía particularmente insoportable. El suelo era mitad agua y mitad plantas de tipo pantanoso, y era difícil que nadie pudiera atravesar aquel claro sin correr grave peligro de sumergirse en las arenas movedizas que había con toda seguridad bajo la aparentemente tranquila capa de líquido.

Pero no fue esto lo que llamó la atención del profesor y sus acompañantes, sino el gigantesco cuerpo que se hallaba tendido en el centro de la ciénaga, absolutamente inmóvil y en una actitud tal que indicaba sobradamente que la vida le había huido hacía ya unos días.

Los ojos del profesor se dilataron, tanto por el asombro como por el gozo que le producía el hallazgo. Asió nerviosamente el brazo del cazador.

—¡Mire, Beryl! ¡Allí está! ¿Lo ve usted?

—¡Por todos los santos de la corte celestial! —exclamó el cazador, estupefacto—. ¿Estoy loco o dormido?

—Ni lo uno ni lo otro, Beryl. Ésa es la demostración más palpable de que sus fotografías son auténticas y que no ha intervenido para nada en ellas la mano del fotógrafo. Me refiero a manipulaciones en los negativos, claro está.

—¡Dios mío! ¿Es posible que haya existido un animal como ése, profesor?

Las palabras de Beryl volvieron a McCall a la realidad.

—Es verdad —exclamó, decepcionado—. Está muerto.

—¿Por qué? No hay animal en la selva que haya podido abatirle en combate, profesor. Fíjese que ni los picos de los buharros han conseguido perforar su duro pellejo. ¿De qué habrá muerto?

McCall se frotó la mandíbula.

—No puedo decirlo, Beryl. Tendría que examinarlo más de cerca, y...

El cazador hizo una mueca. "¡Acercarnos más a esa masa de inmundicia!", pensó.

Pero era hombre disciplinado y comprendía bien las razones de su cliente. Se volvió y empezó a impartir órdenes, con el fin de establecer un camino que les permitiese llegar hasta donde se hallaba el gigantesco cadáver del animal.

Una hora más tarde, y merced a numerosos troncos de árboles que habían derribado, conseguían franquear la ciénaga. Con gran esfuerzo, McCall y Beryl treparon a lo alto del cuerpo inmóvil.

—Uno no puede creerlo, a pesar de que lo esté pisando —manifestó el cazador—. Pero este olor nos indica que, efectivamente, éste es el animal que tanto asustó a los negros. ¿Cómo dijo usted que se llama, profesor? ¿Un dinosaurio?

—Exactamente, mi querido Beryl. Ése es su nombre —respondió

McCall, que permanecía como encantado.

—Me hubiera gustado verle en acción —dijo el cazador—. Debió ser formidable.

—Imagínese. ¡Una bestia de veinticinco metros de largo por cinco o seis de alto, que es lo que debe medir este bicho!

—Lo que no comprendo es cómo ha podido sobrevivir hasta ahora. Han pasado cientos de miles de años desde la Era Secundaria. Estos animales eran mortales, como los demás. No puede haber vivido tanto.

—Se me está ocurriendo una hipótesis, Beryl. Un poco absurda, quizá, pero la única viable en este caso.

—¿Sí? ¿Cuál es, profesor?

—Verá. Necesitaría permanecer algún tiempo más por los alrededores. No puedo comprobarlo si tenemos que retirarnos, Beryl.

—Por mi parte no hay inconveniente. La única pega que hay consiste en el agotamiento de los víveres. Claro está que queda el recurso de la caza, pero no somos los dos solos. Detrás de nosotros hay...

McCall agitó la mano.

—Lo sé, lo sé, Beryl. Pero, por favor, ¿no podría hacer un esfuerzo? Mire, esa cadena de montañas está a cinco kilómetros escasos de distancia. Mide unos treinta o treinta y cinco de largo. ¿Cree que nos insumiría más de una semana explorar sus estribaciones?

Beryl hizo una mueca.

—Si no se trata más que de eso, profesor... Bien, a su gusto. Creo que el hallazgo merece la pena arriesgarse un poco —volvió a rascarse la cabeza—. A mí lo que me vuelve loco es pensar en lo que pudo matar a este bicharraco.

El profesor emitió una sonrisa.

—Tendremos que hacerle la autopsia, ¿no cree?

Beryl se sobresaltó. Pero no dijo nada.

* * *

Siete días más tarde, la exploración de las montañas había concluido, con un resultado tal que ni el más optimista hubiera podido soñarlo. El safari regresó a la ciénaga y los porteadores iban cargados ahora con unos extraños objetos, ocho en total, que parecían gruesos terrones de tierra endurecida, de una longitud máxima de dos metros por un poco más de grueso. Su forma era ovoidal, aunque muy alterada por las incrustaciones de tierra que se había endurecido sobre ellos.

Pero cuando llegaron a la ciénaga, se llevaron una enorme sorpresa: el animal prehistórico había desaparecido por completo.

—¡Voló! —dijo el profesor consternado.

—¡Qué más hubiera querido él! —masculló Beryl—. La ciénaga se lo ha tragado, simplemente.

—Bueno —trató McCall de consolarse—, siempre queda el recurso de practicar un dragado y…

Beryl miró severamente a McCall.

—Supongo que no hablará usted en serio, profesor. Esa ciénaga puede tener una profundidad de varios centenares de metros y ya me dirá usted cómo extrae así un cuerpo que debe pesar unas quince o veinte toneladas. Le quedan las fotografías, le quedan esos huevos que ha podido encontrar, ¿qué más desea?

McCall asintió tristemente.

—¡Hubiera sido tan bonito poder demostrar mi teoría! —dijo; y ya no habló más hasta el momento de la partida.

CAPÍTULO II

Le ruego no presente su tesis a la Universidad, profesor. Nadie le creerá y, por el contrario, será objeto de la rechifla general. Esto, naturalmente, trascenderá a la prensa y, sintiéndolo mucho, yo me sentiré obligado a rescindir el contrato que tenemos con usted.

McCall miró a su interlocutor, Angus Freeman, decano de la Universidad de Edmonton.

El señor Freeman parecía más un próspero hombre de negocios que el rector de un importante centro pedagógico y en cualquier momento podía esperarse iba a hablar de las últimas cotizaciones de bolsa en lugar de los problemas de enseñanza que continuamente se le planteaban.

—Pero, señor —objetó McCall—, están las fotografías.

—Hay montajes maravillosos, profesor. No, no me refiero a usted –se apresuró a rectificar externa, ya que no internamente, su opinión—. Las fotografías son auténticas, claro. Pero ¿quién, aparte de usted y de mí se lo creería? Nadie, ésa es la verdad. Y ni siquiera puede echar usted mano del testimonio de Víctor Beryl. Fue una verdadera pena que aquella “mamba” le mordiese en la muñeca izquierda. Dicen que esa clase de víboras africanas posee un veneno que mata a un hombre en dos minutos. ¿Es eso cierto?

McCall contestó secamente:

—Un minuto y cuarenta y cuatro segundos. Eso es exactamente lo que duró Beryl.

—Sé que pasó usted verdaderos apuros para llegar a Nairobi sin su guía. Pero, en fin, ya está aquí y sus alumnos le esperan de nuevo.

—Quiero que se me permita presentar la tesis, decano —insistió tercamente el profesor—. Yo vi el dinosaurio. Puse los pies en su cuerpo, muerto no hacía más de quince días. Lo fotografié. Lo... ¿Tengo yo la culpa de que se le hubiese ocurrido ir a morir en una ciénaga que a lo mejor tiene doscientos metros de profundidad? Además, las otras pruebas que traje conmigo...

Freeman arrugó el ceño.

—Lo siento, profesor, pero no puedo arriesgarme a consentir que la Universidad que rijo sea la irrisión del mundo científico. Está probado, de modo concluyente, claro está, que África fue el lugar donde más monstruos antediluvianos existieron. Los restos recogidos en aquellos lugares así lo demuestran. Pero esto no quiere decir que "ahora" sigan viviendo todavía. No le permitiré presentar su tesis... al menos mientras forme parte del claustro de profesores de esta Universidad.

McCall se puso en pie, conteniendo difícilmente su cólera.

—Algo así le dijeron a Galileo cuando demostró que la Tierra era la que gira en torno al Sol y no viceversa. Está bien, decano. Dimitiré,

puesto que eso es lo que usted está deseando desde que le expuse mis propósitos…

—¡Por favor, McCall! No sea tan impulsivo. Usted, lo que tiene que hacer es…

—Sé de sobra lo que tengo que hacer, decano Freeman —contestó el profesor con energía— y no es usted el más indicado para decírmelo. Le enviaré la dimisión por escrito más tarde. ¡Buenos días!

El portazo que McCall dio al salir se recuerda todavía en la Universidad de Edmonton. Freeman se quedó mirando a la puerta, en tanto tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Estos jóvenes… —murmuró, meneando la cabeza.

* * *

Lucy, la atractiva esposa de McCall, intentó consolarle.

—No te preocupes, querido. No eres tú el primero que sale echando venablos de ese antro de retrógrados que es la Universidad. No podemos decir que seamos ricos, pero tampoco nos falta un buen pasar para que te entregues a tus investigaciones preferidas.

McCall pasó la mano por el talle de su esposa. Contempló tiernamente el retoño que dormía con sueño apacible en la cuna.

—Tú y May sois lo único que tengo en este mundo, aparte de mi pasión por la ciencia.

—Me complace enormemente oírte eso, querido —susurró la mujer, apoyando la cabeza en el pecho de su marido.

Permanecieron unos minutos en silencio.

De pronto, ella dijo:

—Harry, se me ha ocurrido una idea.

—¿Sí?

—Sí. Verás. Tú ya sabes que papá me dejó, casi como único legado, aquellas tierras que están al noroeste de Manitoba.

—¿Te refieres al Valle Feliz?

—Exactamente. Ya sabes que en el Canadá hay regiones que todavía no han sido exploradas. Valle Feliz es una de ellas y, además, conoces su situación de sobra. Sólo se puede entrar en el valle por un sitio. Si tanta fe tienes en tu descubrimiento, ¿por qué no nos retiramos allí una larga temporada?

McCall miró a su esposa con ojos iluminados por la alegría.

—May —continuó ella, cada vez más animada—, es muy pequeña. Antes de que tenga edad de ir al colegio, han de pasar unos cuantos años. En ese tiempo, ¿no crees tú que podrás desarrollar tus investigaciones tal como las deseas?

—Aquello está totalmente aislado del mundo —objetó él.

—Razón de más para que nadie te estorbe en tus investigaciones. Nadie sabrá que estás allí y si fracasas, sólo nosotros lo sabremos. Pero si triunfas...

—Si triunfo, le demostraré a ese imbécil de Freeman su equivocación. ¡Ah! Cómo me reiré entonces. Me suplicará de rodillas que vuelva a su Universidad. Y yo, le diré...

—Harry —le dijo ella, con gesto reprobador—, no me agradan tus deseos de venganza, aunque ésta sea incruenta. Quiero que si te entregas al estudio y la investigación, lo hagas por amor a la ciencia, no por demostrar a Fulano o a Zutano que eres mejor que ellos, ¿estamos?

McCall sonrió, besando afectuosamente a su mujer.

—Tienes razón, querida —dijo—. En lo sucesivo, sólo pensaré en ti y en la pequeña. ¿Cuándo te parece que podemos emprender la marcha?

—Tú tienes la palabra, querido.

—Entonces, no lo dilatemos más. Cuanto antes mejor.

—¡Psstt...! ¡Cuidado; no grites! Vas a despertar a la pequeña.

—Sí, tienes razón —cuchicheó él. Se inclinó de repente y la tomó en brazos—. Lucy, querida, ¿qué he hecho yo para merecerte?

—Esa misma pregunta —murmuró ella, ensoñadora, mientras se sentía transportada hacia el dormitorio—, me la he formulado yo también

muchas veces, amor mío.

* * *

El director del "Geographic Magazine" tocó un timbre.

—Que venga Charlie Fenton —dijo.

Fenton era el redactor que había publicado el artículo sobre las huellas de animales prediluvianos y su posible existencia en el continente africano, de acuerdo con las fotografías y el relato que le remitiera su amigo el cazador Víctor Beryl.

—Mire esto, Charlie —dijo el director.

Fenton leyó el periódico. Era una noticia sin importancia.

—Vaya —exclamó—. El profesor McCall ha dimitido de su cátedra en la Universidad de Edmonton.

—Así es, Charlie —el director se echó hacia atrás, mirando pensativamente al techo—. Estoy presintiendo que esa dimisión tiene algo que ver con las fotografías de las huellas y su expedición al África Central.

—Es muy posible —contestó Fenton.

—Freeman, el decano, es un tipo conservador. Posiblemente McCall le habrá presentado una tesis revolucionaria y se habrá negado a aceptarla.

—Y entonces McCall le ha mandado al cuerno.

—Justamente. Tenemos que saber exactamente qué es lo que ha sucedido. De modo que tome el primer avión que salga para Edmonton y entrevístese con el profesor. No repare en gastos, quiero una entrevista que valga la pena.

—Descuide, jefe. Tendrá la entrevista.

Charlie Fenton salió dos horas más tarde para Edmonton, dispuesto a averiguar, en nombre del interés de los lectores de su revista, las causas por las cuales, según su pintoresca frase, McCall "había enviado al cuerno" al honorable Angus Freeman.

Pero, para su desespero y, más tarde, el del director del "Geographic Magazine", el profesor McCall no fue hallado. Y nadie supo darle la menor razón de su paradero.

Lo único que pudo averiguar fue que había adquirido un pesado camión de transporte, en el que cargó sus muebles, así como seis cajas cuyo contenido nadie pudo ver y que, en unión de su esposa y de su hijita de año y medio de edad, había partido con dirección desconocida.

Telegrafió al director de la revista en, más o menos, estos términos:

"Imposible entrevista. Stop. McCall desaparecido sin dejar constancia paradero. Stop. Fenton." La respuesta del director fue concisa e imperativa.

"Búsquele por donde se encuentre."

El director había intuido que algo grave se estaba cociendo en el cerebro del profesor y, aunque su revista era puramente técnica y científica, poseía un olfato periodístico que le decía que el hallar a McCall sería noticia, no sólo para el "Magazine", sino para el resto de los demás periódicos.

Pero a pesar de sus pesquisas, hechas con indudable ahínco y sin reparar en medios, Charlie Fenton no consiguió encontrar a McCall.

Lo único que pudo averiguar, a costa de un considerable derroche de tiempo y de dinero, fue que el camión había partido en dirección nordeste.

Se dirigió a la región noroeste de Manitoba. De ahí, subiendo verticalmente unos doscientos y pico de kilómetros, llegó a Brechet, en las orillas del Lago Reno... y ya no pudo saber más. El camión, con el profesor, su esposa y su hija, desapareció tan completamente como si se lo hubiera tragado la tierra.

Mohíno y cariacontecido, Fenton regresó a Edmonton y de allí a la sede del "Geographic Magazine", dispuesto a afrontar las consecuencias de su fracaso. Pero el director era hombre comprensivo y supo que si la entrevista no se había logrado era porque, materialmente, le había sido imposible lograrla.

Y ya no pasó más, porque el interés del "Geographic" por McCall fue decayendo, al carecerse en absoluto de noticias de éste, hasta cesar en absoluto.

Así transcurrieron veinte años, durante los cuales el emprendedor Charlie Fenton fue progresando en su profesión, hasta llegar a ocupar el cargo de director de la revista. Para entonces ya tenía cincuenta y tantos años y muchas más canas. Prácticamente, era él el único que recordaba, al cabo de aquellos cuatro lustros, en 1935, el incidente McCall-Freeman.

* * *

El avión del joven jefe de policía de Brechet volaba por encima de aquella región que a su piloto le resultaba completamente desconocida.

Sidney Fargo gustaba de hacer las cosas por sí mismo. En aquella ocasión se trataba de la persecución de un peligroso malhechor que, después de ocasionar unas cuantas tropelías en la ciudad cuyo orden estaba encargado de mantener, había huido en dirección norte.

A pesar de que se había cursado la alarma a todos los puestos de la Real Policía Montada, naturalmente, la de Brechet tenía que hacer algo por su parte para capturar al criminal. Y no era la primera vez que utilizaba su avioncito —el joven era aficionado a la aviación— para una misión de aquella índole.

Sidney Fargo era joven, robusto, de atlética complexión y con una inteligencia y una energía tan poco comunes que le habían valido, casi antes de cumplir los treinta años, el cargo de jefe de policía de Brechet. No se solía alterar mucho la paz en su ciudad, pero cuando esto sucedía, generalmente bastaba con su presencia para reducir al levantisco. Una mirada de sus fríos ojos azules solía desarmar a los más recalcitrantes mucho mejor que lo hubieran podido hacer las más perfectas pistolas ametralladoras.

Pero aquel fugitivo era cosa aparte. Había atracado una estación de repuesto de combustible, matando a la encargada que había intentado resistírsele. Después había robado un reactomóvil, huyendo hacia el norte.

Inmediatamente de conocida la noticia, Sidney había alertado, además de a los montados, a todas sus fuerzas. Y tras disponer lo necesario para la persecución del criminal, él se había dirigido al aeropuerto para pilotar su aparato, un antiguo pero eficiente "Bonanza" de dos motores y tren retráctil, capaz de alcanzar, si se precisaba, los quinientos y pico de kilómetros por hora.

Naturalmente, esta velocidad, en aquella época en que los cohetes de viajeros unían casi en cuestión de minutos los continentes resultaba un tanto ridícula. Pero Sidney tenía el avión por puro placer deportivo y era rara la ocasión en que había sacado el máximo partido de sus motores. A él lo que le gustaba era sentir la emoción de hallarse en el aire y contemplar con tranquilidad los hermosos panoramas que se divisaban desde allí.

Consideraba la aviación como deporte.

Aquel día, sin embargo, no tenía tiempo para recrearse en el paisaje. Toda su atención estaba centrada en el fugitivo y por ello escrutaba continuamente el suelo, en busca de una huella o una señal que pudiera darle algún indicio del lugar donde se había escondido.

En poco menos de una hora, llegó hasta el límite norte de la provincia, virando acto seguido en ángulo recto hacia el este. Continuó luego durante otros trescientos kilómetros, más o menos, y después puso proa al sur.

Descendió centenar y medio de kilómetros, volando siempre a baja altura. No había apenas accidentes en aquellas grandes llanuras y las colinas y los cerros no eran frecuentes. Los lagos, en cambio, abundaban.

Súbitamente, cuando menos se lo esperaba, descubrió a lo lejos, hacia su izquierda, ligeramente hacia el este, algo que le pareció una cadena de montañas. Viró suavemente y puso proa en aquella dirección.

Sidney no recordaba nunca haber volado por aquella comarca. Bien era verdad que, prudente en extremo, no se había aventurado muy lejos de Brechet, pero le resultaba extraño que nadie le hubiese hablado de aquel accidente geográfico.

A medida que ganaba terreno, los detalles del suelo iban tomando cuerpo.

Pronto pudo ver que la supuesta cordillera no era otra cosa que una agrupación de cerros y colinas de apenas tres o cuatrocientos metros de elevación sobre el nivel del terreno.

Pensando que aquél podía ser un lugar muy bueno para que el forajido se escondiese, sobrevoló el lugar y pronto franqueó las cimas de la diminuta cordillera, pasando al otro lado.

Lo que vio entonces le dejó boquiabierto. Sidney nunca había supuesto

que pudiese hallarse un lugar semejante en el Canadá.

Al otro lado de la cordillera, el suelo estaba más hundido y había de las cimas a la base de las montañas unos seiscientos metros de diferencia de nivel, diferencia que en algunos lugares debía alcanzar unos doscientos metros más. Y todo el conjunto montañoso, de cimas muy abruptas y quebradas, formaba una cadena ininterrumpida que encerraba en su seno una extensión de terreno de una belleza y un encanto naturales tan fantásticos como maravillosos.

La cordillera era, realmente, una especie de colosal anfiteatro de forma cuadrada, aunque un tanto irregular, de unos cuarenta kilómetros, más o menos, de lado. Estaba cerrado totalmente aquel anfiteatro y, a simple vista, no se divisaba ningún lugar a través del cual acceder a su interior por tierra.

El suelo del anfiteatro era herboso, en ligera pendiente hacia su centro, en el cual se divisaba un lago de regulares proporciones. Los árboles abundaban sobremanera, algunos de ellos de especies poco conocidas en el Canadá. Por muchos lugares del suelo se elevaban ligeras nubes de vapor, lo que le dio idea al joven de la existencia de más de una fuente termal.

La base de los cerros era, sin excepción, muy abrupta. Prácticamente, la montaña caía a plomo sobre el llano desde una altura que oscilaba entre los cincuenta y doscientos metros, formando una serie de acantilados y farallones de sin igual hermosura. El valle era de una belleza incomparable, pero debía constituir un problema más que regular quedarse allí sin medios para poder escalar los muros del anfiteatro.

Por unos instantes, Sidney dudó que el forajido hubiese conseguido refugiarse en aquel lugar. Le había ganado bastante terreno y no era de sospechar que hubiese llegado antes que él. Además, en tal caso, ¿por dónde había conseguido entrar en el valle?

Sobrevoló el terreno, disfrutando por unos momentos de la belleza del panorama. Se dijo que estaba perdiendo el tiempo y se dispuso a remontarse para atravesar la cadena montañosa.

Pero entonces vio algo que atrajo inmediatamente su atención.

Algo se movía entre un espeso bosque de pinos de gran altura que había al pie de uno de los muros.

Virando ceñidamente en redondo, perdió altura con objeto de poder

ver mejor qué era lo que había llamado su atención. Algo blanco y diminuto se había movido entre los árboles.

Descendió planeando, con la vista fija a su izquierda. El farallón estaba, a su derecha.

Las alas del aparato rozaron casi la copa de los árboles, atronando el espacio con el rugir de sus motores. Y entonces fue cuando ocurrió lo inesperado e imprevisto.

Un pino mayor que los demás, le salió al encuentro. Su copa se alzaba a una docena de metros sobre el nivel medio de los restantes.

Sidney quiso esquivar desesperadamente el choque, pero no podía virar hacia la derecha, so pena de estrellarse contra los abruptos farallones. Y para levantar el avión era ya demasiado tarde.

El ala derecha del avión crujió estrepitosamente. El aparato se bamboleó de modo alarmante. Un trozo entero de la estructura del ala voló, junto con la copa del árbol, seccionada limpiamente por el impacto del choque.

La pérdida de velocidad se había producido y ya no cabía otro recurso que procurar aterrizar de la mejor manera posible.

El suelo se acercó rapidísimamente al avión.

CAPÍTULO III

En el último momento, Sidney conservó la serenidad suficiente para cortar el encendido y levantar el morro del avión. No tenía ya tiempo de sacar el tren de aterrizaje y, por otra parte, esto hubiera sido, quizá, contraproducente.

Se limitó, pues, a aterrizar de panza, confiando en su suerte y en el hecho de que el encontronazo con el árbol hubiese sucedido ya al final del bosquecillo.

El suelo estaba cubierto de una espesa capa de hierba, lo cual amortiguó notablemente las consecuencias del choque. El "Bonanza" se arrastró por la tierra unos cuantos metros, levantando tras sí una nube de tierra y polvo, en medio de un estrépito fenomenal, y luego se

detuvo.

Cuando el silencio se hubo hecho, Sidney respiró, aliviado.

En medio de todo, había salido indemne. Era cierto que su avión podía considerarse prácticamente como destinado a la chatarra, pero lo más importante, o sea, salvar la vida, se había conseguido.

Se desciñó las correas de seguridad y luego se dispuso a salir del avión con el fin de evaluar los daños. El interior de la cabina se hallaba en buen estado pero no podía predecir cómo había quedado el resto. Y si la radio estaba intacta, lo único que podía hacer era esperar allí unas cuantas horas hasta que vinieran a rescatarle.

En prevención de que el criminal estuviese merodeando por los alrededores, se ató un cinturón con una automática y dos cargadores de repuesto. Del fondo del asiento posterior sacó un rifle “Henry” de dieciséis tiros, provisto de mirilla telescópica y luego, echando a un lado la cúpula transparente de la cabina, se dispuso a salir al exterior.

En aquel momento oyó un ruido extraño, algo que él nunca había oído.

Era una mezcla de rugido, bramido y berrido, pero de un volumen y una potencia tales que superaba a todo cuanto el joven había escuchado hasta la fecha. Alarmado, pensó que debía de haber por allí algún oso viejo, de gran tamaño, y accionando el arma, envió una bala a la recámara del "Henry".

Miró en torno a él. El bosque estaba a unos doscientos metros de distancia y parecía que algo había en él, pues algunos árboles se movían de un modo muy raro, pese a la casi total ausencia de viento.

De un modo subconsciente, Sidney notó la excelente temperatura que reinaba en aquel lugar. Estaban todavía en primavera, pero aun así resultaba excesiva. Además en aquellos momentos tenía otra cosa de qué preocuparse.

El bramido, cuyo tono era muy estridente, se repitió. Le pareció luego oír una voz femenina en la misma dirección, pero no pudo asegurarlo.

No obstante, decidió investigar. Con el rifle y la pistola tenía más que suficiente para defenderse de las acechanzas de cualquier fiera que pudiera salirle al paso. Olvidado momentáneamente de su situación, corrió hacia el bosque.

Casi a mitad de camino, una persona le salió al encuentro. Era una mujer y Sidney se quedó boquiabierto al hallársela en aquel lugar.

Avanzó hasta quedar a unos metros de ella. Los dos se miraron con innegable curiosidad.

Era una muchacha de unos veintidós o veintitrés años de edad, muy bien formada, de buena estatura y de cabellos oscuros, que contrastaban, lo mismo que sus ojos claros, con el tono atezado de su piel. Pero era un color adquirido por la continua exposición a la intemperie, no porque le viniera de herencia de raza.

Ella le miró, también muy sorprendida de encontrarle allí. Vestía una camisa blanca de manga corta y unos "shorts" que dejaban ver unas piernas tostadas de maravillosa factura, cuyos pies estaban calzados con unos blandos y cómodos mocasines.

—Hola —dijo Sidney, tragando saliva.

—Hola —contestó ella, y al sonreír, permitió que brillasen los dientes más blancos que Sidney había visto en su vida.

—Me llamo Sidney Fargo y soy... era el piloto de ese avión que puede ver ahí. Tuve un mal aterrizaje, señorita...

—Llámeme May, por ahora —contestó ella, un tanto enigmáticamente —. ¿Qué hacía usted por aquí? —preguntó.

—Soy el jefe de policía de Brechet y ando buscando a un peligroso criminal que anda suelto. Desde el aire vi moverse algo entre los árboles y pensé...

—Sí —murmuró ella—; me lo supongo. Lamento defraudarle, señor Fargo —añadió—; no hemos visto nada por aquí que pueda servir a sus intereses.

—Siento haber invadido esto que considero debe ser una especie de propiedad particular —dijo él—, pero no ha sido totalmente mía la culpa, señorita May. Mi departamento resarcirá a usted de los gastos.

Ella agitó la mano.

—No se preocupe, jefe; carece de importancia. Ya le enviaremos a usted a Brechet. Tenemos medios para hacerlo.

—¡Caramba! ¡Ésa sí que es una buena noticia, señorita, de veras!

Muchas gracias. Y ¿qué clase de medios?

—Los verá en momento oportuno. Ahora...

Un sonoro trompetazo interrumpió a la muchacha. Ésta volvió la cabeza y lanzó un grito:

—¡Calla, "Barrabás"!

Luego volvió la vista de nuevo hacia el joven, que al oír el sonoro bramido había dado un salto atrás, alistando su rifle.

—No se preocupe, señor Fargo. "Barrabás" es un animalito muy manso y no hace daño a nadie. A menos, naturalmente, que se le provoque.

Sidney tragó saliva otra vez, sin separar su mirada del bosque.

—Debe ser muy grande para berrear de tal modo. ¿Qué es, un oso?

May sonrió imperceptiblemente.

—Algo parecido. ¿Qué le parece si echásemos un vistazo a su aparato?

—Sí, claro —murmuró él con tono aprensivo.

Retrocedió, sin dejar de arrojar furtivas y temerosas miradas hacia el bosque, a pesar de las tranquilizadoras palabras de la muchacha.

Después de examinar atentamente el aparato, May dijo:

—No he volado nunca en uno de estos artefactos. Me hubiera gustado hacerlo.

—Pues lo que es en éste —dijo Sidney, meneando tristemente la cabeza—, dudo mucho de que pueda hacerlo. Vamos a ver si está la radio en condiciones de funcionar para avisar de mi aterrizaje.

—¡No!

Sidney se volvió hacia la muchacha, mirándola muy sorprendido.

La negativa había sido pronunciada con una vehemencia tal que le extrañó sobremanera.

—¿Por qué? —preguntó—. En Brechet estarán intranquilos sin mí, señorita. Una vez que sepan dónde me encuentro, enviarán un rotóptero a rescatarme y...

—Le ruego no lo haga, señor Fargo —dijo ella con los ojos muy brillantes—. Nosotros le devolveremos a Brechet.

La mano del joven se tendió en un semicírculo.

—No veo cómo —gruñó—. No es posible salir de este agujero si no es por el aire.

—Hay una salida, en efecto. Ya la verá en el momento oportuno. ¿Cómo se cree, si no, que vamos nosotros a su ciudad a surtirnos de provisiones?

May se mordió los labios apenas pronunciadas las precedentes palabras. Y Sidney, por su parte, se dio cuenta de que a ella se le habían escapado sin querer.

Trató de sonsacarle algo.

—Es curioso. Nunca la he visto por allí —dijo.

—Pues he estado en más de una ocasión.

—¿Viven ustedes aquí?

—Sí. Allí, junto al lago —y señaló la extensión de agua cuyo borde se hallaba a unos veinte kilómetros del lugar en que se encontraban y que cabrilleaba al sol de modo resplandeciente.

Sidney lanzó un tenue silbido.

—Sí que se da usted unos paseos largos, señorita —la miró con admiración—. Así conserva esa línea tan estupenda que tiene.

Ella enrojeció al verse admirada por el hombre. Antes de que pudiera volver a hablar, lo hizo él.

—Lo siento —dijo—; tendré que ver si funciona la radio. No tengo el menor deseo de interferir su voluntad, pero quisiera hacerle comprender que mi misión es oficial y que en Brechet deben saber dónde me encuentro.

—Por favor —le suplicó ella—, no lo haga. Nosotros le llevaremos inmediatamente si quiere. Es cuestión solamente de unas pocas horas y cuando quieran alarmarse por usted, ya estará en la ciudad.

Sidney frunció el ceño.

—¿A qué viene ese interés por no dejarme utilizar la radio, señorita? —y de pronto; una súbita sospecha invadió su mente—. ¿No será usted cómplice del criminal?

Ella se irguió, muy ofendida.

—¿Por quién me ha tomado usted, señor Fargo? No hemos visto por aquí a ese forajido de que me está hablando. Ni yo tampoco soy una criminal, si es eso lo que quiere dar a entender.

—Está bien. Creeré en su palabra. Pero de aquí a Brechet hay unos cuantos cientos de kilómetros. ¿Qué medio emplean ustedes para ir allí?

—Un "jeep". Lo hacemos muy de tarde en tarde, sólo cuando necesitamos reponer las provisiones.

—Eso quiere decir —murmuró él, meditabundo—, que tardarán por lo menos ocho horas en llegar allí. Supongo que el "jeep" estará junto al lago.

—Sí.

—Esto añade cuatro horas, mas, a pie.

May sonrió imperceptiblemente.

—Claro.

—Lo cual hace un total de doce horas. —Sidney suspiró—. Lo siento, pero no puedo esperar tanto tiempo. Tendré que llamar y...

Se interrumpió súbitamente.

Un sonoro berrido acababa de brotar del bosque. El trompeteo se prolongó unos segundos más que lo acostumbrado.

Sidney miró a May. Estaba muy pálido.

—¡Dios mío! ¿Qué clase de fiera es ésa? No he oído nunca gritar de tal manera a un animal. ¿No tiene usted miedo, señorita?

—¿Miedo? ¿Por qué? "Barrabás" es un animalito inofensivo. Prácticamente es un perrito faldero.

Por enésima vez en aquella mañana, Sidney volvió a deglutir. Y ahora con más razón que nunca.

El cañón del rifle osciló en sus manos temblorosas. Las piernas le flaquearon, en tanto que se preguntaba si no estaría sufriendo los efectos de una pesadilla provocada por la difícil digestión de una cena copiosa.

—No —murmuró, sintiendo que el suelo le vacilaba bajo sus pies—. Eso no puede ser.

Vagamente percibió el gesto de enojo de la muchacha. Y entonces se dijo que debía defenderla como fuera del ataque de aquel fantástico animal que avanzaba hacia ellos con una marcha que parecía un lentísimo trote, pero que, sin embargo, rebasaba fácilmente los cincuenta kilómetros a la hora.

Sidney recordó los grabados de los libros de historia natural que había estudiado en sus años de colegial. El animal que se les acercaba era exactamente igual a como lo había visto en los grabados.

Le calculó unos veinticinco metros de la cabeza a la cola y unos seis o siete de alto. Tenía un cuello larguísimo, de ocho metros al menos, muy delgado en comparación con el resto del monstruoso cuerpo, de tal modo que parecía una gruesa serpiente naciendo del tronco de un elefante. Su cola era también larguísima y arrastraba por el suelo en tanto la bestia caminaba hacia ellos.

Por contraste, su cabeza era muy pequeña y en ella brillaban dos ojillos negros que les miraban con interés. Una roja lengua asomaba de vez en cuando por su boca armada con unos colmillos que al joven le parecieron pavorosos.

Pero no tardó mucho en salir de su estupefacción.

Lanzó un grito:

—¡Apártese! —gritó—. ¡Voy a disparar!

Harto sabía él que con el rifle de que disponía era absurdo pensar que podía abatir a aquella bestia prediluviana, pero confiaba en que quizá el estampido del disparo lograse asustarla. No comprendía cómo un animal de aquella clase podía vivir en las postrimerías del siglo XX, pero sí sabía lo que tenía que hacer para salvar su vida y la de la muchacha.

May obró de modo bien extraño.

—¡Apártese usted! —gritó, cogiéndole el rifle con ambas manos.

—Está loca. ¿No ve que nos va a aplastar? —exclamó Sidney, luchando por recuperar el dominio del arma.

—No aplastará a nadie, idiota —gritó de nuevo la muchacha—. Es "Barrabás".

—Como si quiere ser Judas. ¡Suélteme! ¡Suelte le digo, loca!

Y efectivamente, May le soltó, pero fue para correr en dirección al monstruo.

Sidney se tapó los ojos con una mano, no queriendo ver la catástrofe que se avecinaba. Por unos segundos pensó en aquel cuerpo tan gentil convertido en una pulpa sanguinolenta y luego decidido a evitarlo, costara lo que costara, volvió a abrirlos, requiriendo el rifle.

Lo que vio le dejó estupefacto.

La fiera se había detenido a un paso de May y ésta le regañaba ásperamente. Parecía que el gigantesco animal tuviese conocimiento, porque había agachado su cabeza hasta el suelo y miraba a la muchacha con ojos dulzones.

Era un espectáculo realmente increíble. Una mujer, casi una niña, reprendiendo a una bestia decenas de veces mayor que ella. El lomo del animal se elevaba a seis o siete metros del suelo y May a su lado parecía una minúscula figurilla de cuentos de hadas.

El monstruo resopló estrepitosamente. May le golpeó la cabeza con el puño, sin el menor temor a sus aparatosos colmillos.

Luego se volvió. Sonreía tranquilamente.

—Acérquese, señor Fargo. No muerde. Ya le dije que "Barrabás" es inofensivo.

El joven extendió un brazo tembloroso.

—¿E... está segura de ello?

—Pues claro que sí —contestó May—. Vea —y como la cabeza del animal estaba casi a nivel del suelo, ella le pasó el brazo inmediatamente por detrás, apoyándose en el cuello tan grueso, a pesar de su aparente delgadez, como el tronco de un hombre robusto.

—¡Dios de Abraham! —exclamó el joven a media voz—. ¡Qué fotografía! ¡Qué notición para la prensa!

—¿Decía usted, señor Fargo?

—No... nada, nada —contestó él, acercándose con paso renuente al extrañísimo grupo.

Se detuvo a un par de metros, contemplando al monstruo. Los ojos de éste, del tamaño de su cabeza, le escrutaban inquisitivos.

—¿De verdad que es inofensivo?

—¿No lo está viendo?

—Lo... lo decía por mí. A usted la conoce, pero... a mí...

—“Barrabás” hace lo que yo le mando. Somos viejos amigos, ¿verdad, "Barrabás"? —y le palmeó la cabeza con la mano.

Sidney parpadeó. Le parecía que en cualquier momento se iba a despertar y, entonces, seguro que se caería de la cama.

—No hace daño, señor Fargo. Venga, no tenga miedo.

Dominando su aprensión, Sidney se acercó. La bestia emitía una especie de ronroneo, como si se sintiera muy complacida con las "caricias" de la muchacha.

Desde el suelo, Sidney contempló con estupefacción la gigantesca estructura del animal, su grosísima piel, sus poderosas patas, capaces de machacar un automóvil de un solo golpe, en una palabra, aquel conjunto capaz de enloquecer al más flemático de los naturalistas.

—¿Puedo... puedo preguntarle de dónde lo sacó, señorita May? —preguntó el joven cuando, al fin, hubo recobrado el habla.

—Es una historia larga de contar, señor Fargo. Creo que lo haremos mejor en mi casa.

—¿Y cómo vamos a ir hasta el lago? Hay más de veinte kilómetros...

—Que recorreremos en menos de una hora.

El joven se espantó cuando hubo comprendido.

—¿Quiere... decir que vamos a ir... ir montados en ese monstruo?

—No es un monstruo —contestó ella—, sino un brontosauro. Y además no le llame eso; podría enfadarse —añadió, con maliciosa

sonrisa—. Llámele siempre “Barrabás"; de lo contrario corre el riesgo de un coletazo.

Sidney miró la poderosa cola del animal, larga, de más de ocho metros y se dijo que, en efecto, un ligero toque de aquel poderoso instrumento de defensa y ataque debía bastar para matar a un hombre.

—En fin —suspiró—, subamos a bordo. Cuando cuente en Brechet que he cabalgado a lomos de un brontosauro, no me creerá nadie.

—No lo contará, señor Fargo —dijo ella muy seria.

—¿Por qué?

—Es un poco largo de explicar. Sin embargo, antes de hacerlo, quisiera rogarle me diese su palabra de no relatar nada de cuanto vea en este valle.

Sidney la miró muy serio.

—No tengo inconveniente en hacer lo que me pide pero antes quisiera hacerle unas consideraciones.

Ella le volvió la espalda.

—Si me va a decir que no es posible permitir que la ciencia se quede sin este asombroso descubrimiento y etcétera, le contestaré que la ciencia nos importa un rábano.

—¿Ha dicho... "nos"?

Ella le miró por encima del hombro.

—Sí, a mi madre y a mi hermano. Vivimos juntos los tres.

El aturdimiento del joven iba en aumento.

—Pe... pero...

—Suba —le dijo la muchacha con acento imperativo.

CAPÍTULO IV

Le parecía aún estar roñando.

May trepó de un ágil salto al cuello del monstruo y luego subió por éste hasta casi el lomo, donde se sentó a horcajadas. Desde cuatro metros de altura la muchacha le miró sonriente.

—Suba, hombre, decídase de una vez —le animó la joven—. “Barrabás” sólo tiene de malo el nombre, se lo aseguro.

Tragando saliva, que ya parecía haberse convertido en un hábito inveterado en él, Sidney obedeció. Puso el seguro al rifle y, después de terciárselo a la espalda, trepó por el cuello del brontosauro sin que éste, al parecer, se sintiese afectado por su presencia.

—Siéntese detrás de mí —dijo May—, y agárrese a mi talle. Usted no está acostumbrado a montar en un animal de este tipo, y podría caerse.

Sidney obedeció, pasando las piernas a ambos lados del nacimiento del cuello. Había montado alguna vez en caballo, volado numerosas veces, viajado en trineo y también alguna vez navegado en balandro, pero aquel era un medio de locomoción no solamente desconocido para él, sino el más original que podría haber soñado.

May lanzó un grito.

—¡A casa, “Barrabás”! ¡Uyyyppp…!

El animal levantó la cabeza, suspendiéndola a unos cuantos metros del suelo. La volvió un instante, contemplando a sus jinetes con apacible expresión y luego, de repente, comenzó a caminar.

La arrancada cogió de sorpresa al joven y de no haberse asido con fuerza al talle de la muchacha, habría caído indudablemente al suelo. Pero May era hábil jinete y se mantuvo firme en su puesto a pesar del tirón de Sidney.

La hierba se deslizó rápidamente bajo las patas del brontosauro, el cual, por otra parte, no parecía notar siquiera el peso que llevaba encima. Su paso parecía lento, pero Sidney se dio cuenta de que hubiera doblado la velocidad del más rápido caballo de carrera.

Durante un largo rato corrieron en silencio. Sidney calculó su marcha en unos cincuenta kilómetros a la hora y se dio cuenta de que el animal podía mantener su ritmo indefinidamente, antes de dar a conocer el primer síntoma de cansancio.

El suelo era en pendiente, lo que favorecía el trote del animal. Al paso les salían numerosas fuentes termales que formaban arroyos que corrían rumorosa e irregularmente hacia el lago. Nubes de vapor se elevaban de los manantiales, procurando al ambiente una temperatura muy agradable, poco en consonancia con la estación y la latitud de aquel lugar.

Como tres cuartos de hora más tarde, avistaron una pequeña colina, rodeada de árboles, a la orilla del lago. Estaba situada a unos tres kilómetros todavía de distancia y su altura sobre las aguas era escasa, apenas una veintena de metros.

Bruscamente, del bosquecillo que rodeaba la colina salió otro animal. Desde la distancia en que se encontraba, Sidney no pudo apreciar su forma, pero sí que su tamaño era también enorme.

Empezó a preguntarse si no estaba desvariando. Un brontosauro era ya mucho, pero otro o lo que fuese aquella extraña bestia que se acercaba a ellos a un rápido galope, era ya demasiado.

Empezó a temer por la integridad de su razón. "Me he dado un golpe al caer con el avión y ahora estoy pagando las consecuencias", se dijo. Pero no; estaba completamente cuerdo y lo pudo apreciar cuando el otro animal hubo llegado a la altura del dinosaurio.

La nueva bestia medía unos ocho metros de largo por dos y medio o tres de altura y parecía una iguana gigantesca, salvo que su piel estaba recubierta de gruesas placas córneas, que más parecían de piedra. En su lomo se veía una serie de triángulos huesosos, formando una doble cresta que le corría aumentando desde la cabeza hasta el centro y disminuyendo luego al llegar a la cola, en donde las placas se transformaban en una especie de cuernos —cuatro pares—, de sesenta o setenta centímetros de longitud, afilados como púas.

Sidney se estremeció al pensar en la muerte que aquel animal llevaba consigo en la cola. Un ligero golpe de ésta bastaría para matar a un hombre de manera fulminante.

Después de lo que había visto y presenciado e, incluso actuado, ya no se sorprendió de ver que aquel animal —que con sus vagos y remotos conocimientos de paleontología calificó como un estegosauro— llevase un jinete encima, muy cerca del morro, apoyando ambos pies en unas protuberancias que servían para la protección de los ojos de la bestia.

El jinete era un muchacho de unos catorce años, fuerte y robusto para

su edad, y de agradable presencia. Bastaba mirarlo una vez para comprender el parentesco que le unía a May.

—¡Hola! —gritó el muchacho, agitando una mano.

—¡Hola, Chuck! —contestó ella. Volvió ligeramente la cabeza—. Señor Fargo, le presento a Chuck y a "Tumbón".

—Chuck soy yo, el de arriba —gritó el chico alegremente—. ¿Cómo está, señor Fargo?

—Perfectamente, muchacho. Me alegro de conocerte.

—¿Es usted el piloto de ese avión que ha caído al pie de los farallones? Le vi volar durante toda la mañana por encima del valle y luego me pareció que caía. Mamá también le vio con los gemelos y me llamó para que fuera en su auxilio. He tardado un poco, porque estaba dando de comer a "Lola" y a “Estrellita”.

Sidney lanzó un resoplido.

—Bueno —dijo—, parece que el parque zoológico se amplía.

—Sí —contestó la muchacha—. Y aún quedan dos más, que atienden por los nombres de "Joe" y "Bonita".

—Cuando llegue a su casa, May, pégueme un buen martillazo. Quizás así me despierte.

Ella se echó a reír.

—Verdaderamente, no nos agrada mucho que haya venido usted a turbar la tranquilidad que vivimos en Valle Feliz. Pero ya que ha llegado por causas ajenas a su voluntad, procuraremos ser sus anfitriones de acuerdo con las más elementales reglas de la hospitalidad.

—Hospitalidad —repuso él gravemente— que yo agradezco desde aquí con toda sinceridad, señorita.

—Bah, es nuestra obligación. ¡Vamos deprisa, “Barrabás”!

Chuck lanzó un grito similar y las dos bestias se pusieron en movimiento, dirigiéndose hacia el bosque. Unos minutos más tarde hacían alto y los tres jóvenes se apeaban.

—Largo —gritó Chuck, palmeando fuertemente—. Ya os iremos a

buscar luego.

Los dos saurios resoplaron fuertemente y, dando media vuelta, rodearon el bosque dirigiéndose hacia el lago, que estaba apenas a un centenar de metros. Sidney contempló su pesada marcha, terriblemente interesado en el singular espectáculo que a pocos ojos le había sido dado ver, y luego oyó la voz de la muchacha.

—¿Quiere seguirnos, señor Fargo?

Asintió, echando a andar a la izquierda de May. Chuck se colocó a su lado y durante el trayecto, que no fue muy largo, estuvo haciéndole toda clase de preguntas, que el joven trató de satisfacer como pudo.

El suelo ascendía en una suave pendiente, hasta llegar a la cima de la colina. En ella, en una pequeña explanada, en uno de cuyos ángulos se veía brotar el grueso chorro de una gran fuente termal, se veía una casa de dos pisos, sólida y bien construida, aunque sin pretensiones. El estilo resultaba algo anticuado, mas, a pesar de todo, quedaba agradable a la vista.

El frente de la casa quedaba completamente despejado, ofreciendo una espléndida vista del lago. Sidney creyó advertir en el centro del mismo un rápido burbujeo, pero no pudo prestar atención, porque en aquel momento salía alguien de la casa.

—Mamá —se adelantó Chuck—, el aviador está bien. El aparato está estropeado, pero él no se ha hecho el menor daño.

Sidney observó a la mujer, de mediana edad, en cuyo rostro se observaban todavía rasgos de una pasada belleza. Una acogedora sonrisa brillaba en sus apacibles facciones al tenderle la mano para saludarle.

—Me alegro que no le haya sucedido nada —dijo.

—Mamá, éste es el señor Sidney Fargo, jefe de policía de Brechet. Señor Fargo, ésta es mi madre —dijo May.

—Mucho gusto en conocerla, señora —exclamó el joven, disimulando la sorpresa que le producía el hecho de ver que en el rostro de la mujer aparecía una ligera sombra de pesar.

Pero la madre de los dos muchachos supo sobreponerse bien pronto y sonrió nuevamente.

—Seguramente estará cansado, señor Fargo. Chuck, acompáñale a la habitación de los huéspedes e indícale dónde está el baño. —Le miró escrutadoramente—. Proporciónale también ropa limpia; la que tiene está manchada.

—Sí, mamá. ¿Quiere venir conmigo?

—La cena estará dentro de una hora, señor Fargo.

—Es usted muy amable, señora...

Sidney se interrumpió deliberadamente, con el fin de que la dueña de la casa mencionara su apellido. Pero ella pasó por alto el detalle.

—Ayúdame a preparar la cena, ¿quieres, hija? ¿Verdad que nos dispensará, señor Fargo?

El joven se inclinó, dejando pasar a las dos mujeres. Luego siguió al muchacho, que le condujo a la habitación destinada.

Habituado a observar por su profesión, Sidney pudo percatarse de que en aquella casa no faltaba nada, si bien todo era un tanto rústico y hasta, como había observado en su construcción, pasado de moda. Pero los muebles eran sólidos y compactos y la cama, por lo que pudo observar, blanda y mullida. El olor a ropa limpia de las sábanas le agradó no poco.

Tres cuartos de hora más tarde, vestido de limpio y aseado, bajaba al comedor, instalado en la planta baja. Todo un lado de la estancia estaba compuesto de vidrieras que daban directamente al lago. La casa estaba construida de madera y piedra, combinados ambos elementos con bastante arte. El suelo era de madera también, muy brillante y pulido.

No tardaron mucho en servir la cena. Naturalmente, Sidney estaba ansioso por desvelar el misterio que adivinaba latente en los tres moradores de la casa, pero, discretamente, esperó a que fuera alguno de ellos el que empezase a hablar.

Esto ocurrió después de los postres, cuando May hubo servido sendas tazas de aromático café. Trajo también cigarrillos, aunque ella no fumó, detalle éste que, en el fondo, no dejó de agradar al joven.

Fue la madre la primera en hablar. Removiendo el azúcar de su taza con la cucharilla, le miró directamente a los ojos.

—Señor Fargo, ¿puedo preguntarle si su vuelo por encima del que llamamos Valle Feliz tiene alguna relación con nosotros?

—En absoluto, señora —contestó él—. Hay un peligroso criminal que anda suelto y yo estaba vigilando desde el aire para ver si encontraba algún rastro suyo. Una de las alas de mi avión tropezó con la copa de un árbol y eso fue todo.

Pareció que un suspiro de alivio distendía el pecho de la mujer.

—Lo celebro, señor Fargo. Por un momento, temí que hubiera venido en busca nuestra.

—Y ¿por qué había de temerlo? A menos, naturalmente, que tenga usted algo que ver con la justicia.

—En absoluto. Quería referirme a… a nuestros animales.

—¿Se refiere usted al brontosauro y al estegosauro?

—Justamente, señor Fargo.

Sidney se frotó la mandíbula con aire pensativo.

—Bien —replicó—. Mi opinión es que no hay ley que prohíba a usted la posesión de una colección de esos animales, siempre, naturalmente, que no causen daño a un tercero.

—Los saurios no lo harían, a menos que se les excitase deliberadamente —contestó May.

—Debe de haber sido muy difícil domarlos, ¿verdad? —dijo Sidney mirando a la muchacha.

—En absoluto. Yo…

—Por favor, querida —dijo su madre—, déjame seguir hablando. Esto es más importante.

—Sí, mamá.

—Señor Sidney, ahí es donde precisamente quería ir a parar. Usted, con toda seguridad, lo ha pensado, pero se ha abstenido de manifestarlo. Cualquier centro científico daría una fortuna colosal por poseer uno de esos animales, ¿no lo cree usted así también?

—Salta a la vista, señora.

—Bien. Quiero que usted comprenda que yo, y mis hijos, por supuesto, respetamos la voluntad de mi marido. Los saurios no han de salir nunca de Valle Feliz y no han salido hasta ahora. Hemos conseguido, afortunadamente, mantener la noticia en secreto, pero, ¿se imagina lo que sucedería si tal cosa se expandiera por el mundo?

—Pues, sencillamente, que una legión de periodistas, fotógrafos y curiosos de toda laya invadiría el valle. ¿No es cierto?

—Exactamente. Y eso mismo es lo que tratamos de evitar, señor Fargo —dijo la mujer, mirándole penetrantemente.

Sidney le devolvió la mirada.

—Si no he entendido mal, usted desea de mí que yo les guarde el secreto de cuanto he visto y he oído, ¿no es eso?

—Así es, señor Fargo. Comprendo que es muy difícil arrancarle una promesa de tal índole a una persona, pero nos gustaría que usted silenciara cuanto sucede en el Valle.

—Pero un día u otro el secreto quedará revelado, señora. Y entonces…

—Llevo veinte años aquí, señor Fargo. Podrá parecerle increíble, pero en todo ese tiempo es usted la primera persona ajena a la familia que aparece en el Valle. ¿Tengo o no tengo motivos para suponer que, si usted es discreto, nadie más vendrá por aquí?

Sidney aplastó el cigarrillo contra el cenicero antes de decir:

—Lo que me pide es casi superior a mis fuerzas, señora. Claro está que si usted lo desea, no me quedará otro remedio que callar. Comprendo a medias sus razones y estimo que, efectivamente, con animales o sin animales prediluvianos, sería una lástima que la paz del Valle se viera turbada por curiosos e impertinentes que no harían otra cosa que molestar y estorbar.

—Celebro que usted piense como nosotros—dijo la mujer, respirando con visible alivio—. Y ahora, supongo que querrá saber el resto de la historia.

—Pues, la verdad, nunca me hubiese atrevido a tanto, pero en efecto, me agradaría conocerlo.

—Es un poco larga de contar —dijo la señora—. Todo empezó cuando mi marido leyó en el “Geographic Magazine” un artículo que hablaba

de la posible existencia en el África Ecuatorial de grandes animales prediluvianos.

Lucy McCall estuvo hablando durante media hora, haciendo el relato completo de las aventuras de su marido.

Terminó:

—Murió hace unos años, todavía joven.

»Quizá a causa del disgusto de verse incomprendido, a pesar de que ya para entonces los animales estaban completamente desarrollados. Nos quedamos solos aquí, en el valle. Vivimos felices y de vez en cuando vamos a Brechet por lo que necesitamos. May y Chuck son buenos cazadores y en el lago hay pesca. Tenemos un motorcito que nos suministra la energía necesaria, y la radio y la televisión nos cuentan las cosas que suceden en el mundo. Las fuentes termales abundan extraordinariamente en el valle, como habrá podido ver, y esto contribuye, junto con las montañas que lo cierran, a que en todo tiempo reine aquí una temperatura excepcional. No podemos quejarnos y damos gracias a Dios en todo momento por la paz y la tranquilidad de que disfrutamos.

—Bien —asintió el joven—. Ha sido un relato muy emocionante, señora McCall. Pero no me ha aclarado, si esto no le es molestia, cómo han conseguido domesticar a esos animales tan enormes.

—Mi marido trajo ocho huevos de África. Ignoro la forma en que pudieron conservarse a través de los siglos, pero es evidente que aquí el clima y las condiciones peculiares del Valle los hicieron fructificar. Harry ya contaba con eso, y un buen día nació el primer saurio: "Barrabás", precisamente. Había que verlo —sonrió la señora McCall —; medía más de dos metros ya al romper la cáscara del huevo.

—Y entonces —dijo May—, como yo era pequeña me acostumbré a los bichos. Al principio, papá no me dejaba acercarme a ellos. Pero a medida que iba pasando el tiempo, nos íbamos conociendo mutuamente y... bueno, usted ha visto los resultados.

—Sí —concedió el joven con una sonrisa—. Y son verdaderamente fantásticos. Pero, si mal no recuerdo, han hablado de seis monstruos existentes y su marido trajo ocho huevos de África.

—Es que dos eran de ictiosauro y este animal, aparte de que es carnívoro, resultó feroz e indomable. Harry no tuvo otro remedio que matarlos antes de que fuera demasiado tarde.

—Comprendo —murmuró Sidney—. En lo que a mí se refiere, pueden estar tranquilos los tres. No hablaré de lo que he visto.

Los ojos de May se iluminaron.

—Gracias, muchas gracias, señor Fargo. No sabe cuánto alivio nos conceden sus palabras.

—En vista de las circunstancias creo que, en efecto, es lo mejor que podría suceder —contestó el joven mirando pensativamente a través de la vidriera, donde se veía el fantástico espectáculo de la luna rielando en las aguas del lago—. Sería un pecado turbar la tranquilidad de este valle con unos intrusos que no harían sino echar a perder todo lo bueno que hay aquí.

—Podrá venirnos a visitar siempre que lo desee, señor Fargo —dijo May con ojos brillantes.

—Gracias. ¡Caramba! ¿Cómo se las arreglan ustedes para entrar y salir de aquí?

—Pues… —empezó a hablar la muchacha, pero antes de que pudiera añadir una sola palabra más, alguien la interrumpió.

—Buenas noches a todos —dijo una voz de hombre.

CAPÍTULO V

La conversación quedó cortada en seco. Todos los ojos se volvieron hacia el recién llegado.

Éste vestía una especie de cazadora, desgarrada por uno de los hombros, una camisa de color caqui y unos simples pantalones, bastante sucios y arrugados. En uno de los lados de la cara tenía la huella visible de un rasguño cuya sangre ya se había secado sobre la piel.

Era joven y no mal parecido. Aún lo hubiera sido más, de no tener en su rostro la continua impronta de un rictus de dureza, que borraba la aparente bondad de sus facciones.

—Buenas noches —repitió—. Les ruego me dispensen, pero tuve un accidente no muy lejos de aquí. Mi reactomóvil se salió del camino y

no puedo reparar la avería.

May se puso instantáneamente en pie. Pese a que no comprendía los motivos por los cuales se hallaba aquel individuo allí, su natural compasivo se impuso de inmediato.

—Siéntese un momento. Le prepararé una taza de café. Mamá, ¿quieres traer algo para curar a este caballero?

—Por favor —dijo el recién llegado—. Mi... familia estará inquieta por mi tardanza. ¿No tienen ustedes teléfono?

May movió la cabeza.

—No. Lo siento, señor...

—Llámeme Leo. Así lo hacen todos mis amigos. ¿Ni radio tampoco?

—Sólo receptor, Leo —sonrió la muchacha apaciblemente—. Ah, dispénseme; olvidé las presentaciones. Mi madre, la señora McCall, mi hermano Chuck y el señor Fargo.

El recién llegado levantó ligeramente la mano.

—¿Cómo están? —saludó, después de lo cual, sin pedir permiso, se sentó en la mesa.

Lucy McCall le acercó un plato con buñuelos. Leo tomó uno y empezó a comerlo con visible apetito.

Comió dos o tres hasta que, de repente, se dio cuenta de que le estaban mirando, en silencio. Captó algo extraño en el ambiente.

—¿Qué les sucede? —preguntó—. ¿Acaso he venido a interrumpir?

Antes de hablar, la dueña de la casa miró a Sidney. Leo no dejó de captar el significado de la mirada.

—En absoluto, Leo —dijo la mujer—. Siga, siga comiendo. Como si estuviera en su casa.

Leo tomó otro buñuelo, en el momento en que May venía con el café. La muchacha le sirvió una taza, que el otro tomó casi de un sorbo.

En la mente de Sidney empezó a forjarse una idea. Sí, ¿por qué no? El hombre que se hacía llamar Leo, ¿no podía ser el mismo criminal a quien estaba persiguiendo?

Lamentó haber dejado sus armas en el piso superior. Pero, naturalmente, ¿quién iba a sospechar que el forajido fuese a llegar hasta allí y precisamente en aquellos momentos?

Leo pareció darse cuenta de lo que pasaba en su magín, porque le miró suspicazmente durante unos segundos, por encima de su segunda taza de café. El ambiente, de cálido y acogedor que era unos momentos antes, se había trocado en hostil, lleno de tensión.

El nuevo huésped metió la mano en los bolsillos. Sonrió forzadamente.

—Oh, perdí los cigarrillos —dijo. Chuck, en silencio, le alargó una caja que había sobre la mesa. Leo encendió uno y aspiró el humo con visible placer.

—Muchas gracias —dijo—. Han sido ustedes muy buenos.

La dueña de la casa se puso en pie.

—Traeré algo para curarle ese rasguño, Leo. También aguja e hilo para su cazadora.

—No se moleste, señora McCall. Ni lo uno ni lo otro tienen importancia. —Hizo una pausa, mirando al joven—. Dígame, señor Fargo, ¿no nos hemos visto antes de ahora alguna vez?

—Es posible, Leo —contestó Sidney, cautelosamente.

—Su apellido me suena a conocido. ¿Cuál es su nombre?

—Sidney, Leo.

May miraba alternativamente a los dos hombres.

Empezaba a darse cuenta de que allí sucedía algo más grave que lo que parecía a simple vista. ¿Y si Leo era el forajido a quien Sidney estaba persiguiendo?

Como el joven, lamentó no tener un arma a mano Pero eso no importaba; sabía dónde estaban las escopetas de caza y...

—Olvidé traer los licores —manifestó—. Los caballeros querrán sin duda una copita, ¿verdad?

Echó a andar, deteniéndose apenas dado un paso.

Pero no fue por su voluntad, sino porque la mano de Leo había

atenazado su muñeca.

—Siéntese, señorita McCall. Agradezco de veras su licor, pero cuando lo desee, ya se lo pediré.

Había en su voz una nota de dureza que todos los demás acogieron de inmediato.

May palideció. Su madre se llevó ambas manos al pecho.

Chuck se irguió en su asiento, pero Sidney, más tranquilo, detuvo el gesto agresivo que el muchachito estaba dispuesto a iniciar.

Los ojos de Leo se convirtieron en sendos bloques de hielo.

—Ahora recuerdo exactamente su nombre, señor Fargo. Es usted el jefe de policía de Brechet.

—Y usted, Leo, el individuo que asaltó la estación de gasolina, matando a la encargada.

—Se puso a chillar como una condenada —masculló el forajido, desenmascarándose de un golpe—. No me quedó otro remedio que hacerlo.

Todavía tenía en su mano el brazo de la muchacha. La empujó hacia su silla, y, con la otra mano, sacó un revólver.

Era un arma antigua, casi de museo, un Colt 38 de corto cañón, pero terriblemente efectivo hasta los treinta metros.

—Siento haber tenido que echar las cartas sobre la mesa —dijo—. Quería haber pasado desapercibido pero no me ha sido posible.

La dueña de casa emitió un apagado gemido. Chuck parecía un gallito de pelea y no estaba en absoluto intimidado por el revólver que Leo sostenía en su mano con firmeza.

—Cálmese, señora McCall —dijo Sydney—. Si nos portamos bien, Leo no nos hará nada, ¿no es cierto?

Leo emitió una pálida sonrisa.

—Se conoce que sabe su oficio, polizonte. En efecto, si se portan bien, no les ocurrirá nada.

—¿Que es lo que piensa hacer?

El forajido se frotó la mandíbula.

—Verá, jefe —murmuró—. Nadie, por supuesto, sabe que estoy aquí. Me gustaría permanecer más tiempo, pero me es imposible. Tengo que salir del país, compréndalo. Es muy desagradable que en el Canadá no se haya abolido aún la pena de muerte y yo no tengo el menor deseo de sentir en mi cuello el anticuado pero efectivo roce de la cuerda de cáñamo. ¿Me comprende?

—Se expresa usted con claridad meridiana, Leo. Adelante.

—En Brechet se me conoce poco. No llevaba mucho tiempo en la ciudad. Volveré a ella.

—Las carreteras están bloqueadas por la policía. Habrá más aviones que de costumbre, puesto que habrán notado la falta del mío.

—Le vi volar esta tarde, jefe —sonrió Leo—. Pero en cuanto sentí el zumbido de sus motores, me situé debajo de los árboles hasta perderle de vista.

—Mi sueldo no da lo suficiente todavía para comprar un silenciador de motores, Leo. Ésta es una pieza muy cara.

—Celebro la tacañería de las autoridades de Brechet —sonrió descaradamente el forajido—. Bien, como iba diciendo, volveré a la ciudad. Nadie me conoce apenas, salvo uno o dos amigos de toda confianza que me esconderán oportunamente, y nadie espera que vuelva allí, de modo que colaré fácilmente a través de sus redes, jefe.

—Acabará por caer. No sólo son mis hombres, sino también los montados los que han tomado parte en el asunto.

Leo se encogió de hombros.

—Los burlaré igualmente. Un parche en la mejilla que me pondrá la señora McCall, y el "jeep" que he visto antes en la cochera, servirán para despistar al más listo. ¿Señora McCall?

—Sí, Leo —contestó la mujer, tratando de disimular el pavor que sentía.

Leo levantó el revólver, apuntándolo directamente, desde menos de medio metro, a la cabeza de May.

—Traiga usted su botiquín de urgencia. Fíjese, sin embargo, en lo que

estoy haciendo. Al menor gesto sospechoso apretaré el gatillo y su linda hija caerá muerta, ¿estamos? En una granja como ésta tiene que haber a la fuerza escopetas y yo no tengo ganas de que me suelten una perdigonada.

Lucy McCall miró a Sidney. Éste movió la cabeza afirmativamente.

—Haga exactamente lo que le han dicho, señora. May saldrá ilesa si obedece.

Leo rió estridentemente.

—El policía sabe lo que se dice, señora McCall. Vamos, traiga lo que he dicho.

Lucy salió de la estancia con paso tardo. El revólver continuaba apuntando rectamente al rostro de la muchacha.

May estaba muy pálida, pero salvo por una más agitada respiración, que se reflejaba en el rápido subir y bajar de su esbelto seno, no se hubiera notado el temor que la poseía.

Sidney puso la mano sobre el hombro del chico, que parecía un manojo de nervios a punto de estallar.

—Quieto, Chuck —dijo—. No te muevas.

Leo dijo:

—Haz lo que te dice el polizonte, chico. También para ti habría otro balazo si movieras algo más que las pestañas, ¿me has comprendido?

La dueña de la casa volvió después de unos momentos de inaguantable tensión. Traía en la mano una bandeja con elementos de cura.

Leo alargó ligeramente el cuello, ofreciendo la mejilla para que se la curasen. Lucy McCall lavó la sangre seca con agua tibia y luego pasó un algodón mojado en alcohol por la herida.

Leo apretó los dientes, pero no hizo nada más. Ni siquiera movió la mano ni separó su vista del rostro de May.

—Ahora ponga encima de la herida un buen taco de algodón. Así —añadió con torva sonrisa— podré decir que me atacó una avispa. Tape bien todo este lado de la cara, menos el ojo, ¿estamos?

Los dedos de la señora McCall temblaban ligeramente, pero al fin

concluyó su tarea. Leo se tocó el vendaje y los esparadrapos y sonrió satisfecho.

—Eso está muy bien —dijo—. Gracias, señora McCall. Se ha portado estupendamente.

—Le advierto —dijo Sidney—, que no podrá ir muy lejos. A pesar de su disfraz, las carreteras...

—Las carreteras, un rábano —contestó el forajido con voz dura—. Además de no conocerme, esperan, si acaso, verme en un reactomóvil que, como es robado, conocen su matrícula. Pero nunca en un viejo "jeep"...

Se puso en pie y cogió bruscamente por un brazo a la muchacha. Hizo un gesto rápido y la sujetó fuertemente, ciñéndola por el talle, al mismo tiempo que encaraba la boca del arma contra su costado.

—... ni con una chica bonita a mi lado, que conducirá el vehículo, porque su amado esposo, que seré yo, ha sido picado por una feroz avispa y no está en condiciones de llevar el volante. Vamos al médico; ¿quién nos negará el paso en cuanto ponga cara de dolor?

La señora McCall lanzó un gemido. Por su parte, Sidney hubo de contener una vez más al chico, que ardía en deseos de abalanzarse sobre el asesino.

Sidney comprendió la diabólica argucia de Leo. Sin coche, sin medios de comunicarse con la ciudad, el forajido conseguiría fácilmente lo que deseaba. Nadie le pondría dificultades a su paso y atravesaría fácilmente todas las barreras policiales sin mayores trámites.

—Está bien —dijo—. Comprendemos aunque no justificamos su actitud, Leo. Pero, ¿qué hará después con la señorita?

—La soltaré, no teman. No tengo ganas de cargar mi conciencia con la muerte de una chica tan linda. Claro está que tendrá que permanecer unos cuantos días en casa de mis amigos, hasta que hayamos encontrado una manera de largarme del país.

Sidney hizo un rápido cálculo. Del Valle a Brechet habría unos cuatrocientos kilómetros. ¿Cómo recorrerlos a pie? Y a pesar de todas las seguridades dadas por el asesino, ¿conservaría la vida de la muchacha? May, si quedaba viva, sabría reconocer a sus cómplices. Quizás éstos no quisieran luego correr tal peligro y entones...

En aquel momento, se oyó un sonoro trompetazo. Los cristales de la vidriera temblaron perceptiblemente.

Leo gritó:

—¿Qué diablos es eso?

Todos se volvieron inmediatamente. A través de los vidrios, Sidney divisó una enorme cabezota que les contemplaba con gran curiosidad.

Por unos momentos, Sidney albergó la esperanza de que la insólita aparición de la bestia antediluviana llegase a frustrar los planes del asesino.

Y así pareció suceder.

—¡Cristo! ¿Hay fantasmas aquí? —exclamó Leo, terriblemente sobresaltado.

La aparición de "Barrabás" al otro lado de los cristales había desviado la atención del rufián. May creyó que podría aprovecharse de la coyuntura y, súbitamente, golpeando con el codo el pecho de su oponente, logró desasirse, saltando a un lado.

La vida continua al aire libre y el ejercicio habían hecho de May una mujer fuerte y saludable. El codazo logró sus efectos y Leo se dobló sobre sí mismo.

—¡Maldita! —gruñó.

Aquella era la ocasión que Sidney estaba esperando desde hacía rato. Se puso en pie y, tomando una silla, la arrojó con todas sus fuerzas hacia el forajido.

El improvisado proyectil lo arrojó al suelo. Leo rodó un par de veces sobre sí mismo, antes de que Sidney pudiera alcanzarle.

Por unos instantes, el joven creyó iba a conseguir su objetivo. Había rodeado ya la mesa, pues se encontraba del otro lado, y ya estaba casi encima del criminal cuando éste, que no había soltado ni por un momento el revólver, levantó la mano.

Hubo un fogonazo y luego un sonoro estampido hizo retemblar los muros de la casa. Sidney creyó que algo se le rompía en el interior del cráneo y cayó de bruces.

* * *

Abrió los ojos mucho más tarde, encontrándose tendido en un lecho.

Alguien trasteaba por la habitación. Era Chuck, el cual se alegró de verle recobrar el conocimiento.

—Hola, señor Fargo. ¿Se encuentra mejor?

Sidney se llevó las manos a la cabeza, pues le dolía aún horriblemente. Se la notó vendada.

—Tuvo suerte, señor Fargo —comentó el muchachito, acercándole una copa de licor—. Beba, esto le hará bien... Mamá dice que fue un milagro que la bala no le atravesara el cráneo.

—Pues parece como si hubiera sido cierto —gimió el joven. Sorbió el licor y el alcohol pareció reanimarle. De repente, recordó lo sucedido —. ¿Y May? —preguntó.

El rostro del chico se ensombreció.

—Leo se la llevó. Nos amenazó con el revólver. Tuvimos, además, que ir los tres con él a la cochera y ponerle todas las latas de gasolina disponibles. Mientras lo hacíamos, él seguía amenazando a May.

—¿Cuánto tiempo hace ya?

Chuck sacudió la mano.

—Por lo menos dos horas. Espere, avisaré a mamá.

Abrió la puerta y se asomó a la escalera.

—¡Mamá, mamá, el señor Fargo se ha despertado ya!

La dueña de la casa apareció unos minutos más tarde, con café en una bandeja. Sonrió tristemente al ver a Sidney.

—Me alegro de verle mejor, señor Fargo.

—Ha sido usted muy amable, señora McCall. Por favor, llámeme Sidney.

Tomó el café, que le devolvió la vida. Con la segunda taza, ingirió una aspirina que la previsora viuda le había subido. Entonces se sentó a medias en el lecho

—Señora McCall —dijo—, no es preciso manifestarle cuánto es mi pesar por lo sucedido. Parece como si mi llegada aquí hubiera atraído un maleficio sobre esta casa.

—No diga eso, Sidney —le reprochó ella—. Por el contrario, teniéndolo aquí, me siento mejor. Usted es más ducho en estas cuestiones y podrá aconsejarnos.

El joven meditó unos momentos. Luego consultó su reloj.

—De ordinario, ¿cuánto tardan ustedes en llegar a Brechet?

—Unas seis horas. No corremos nunca y, además, hasta llegar a la carretera general, el estado del piso es infame.

Sidney torció el gesto.

—Leo hará que May apriete el acelerador. Estarán allí en cuatro horas. Pero nosotros podemos ganar mucho terreno sin apenas movernos de aquí.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Pues... muy sencilla. La radio de mi aparato. No creo que haya sufrido daños o, en todo caso, tienen que ser de escasa importancia.

—Hay más de veinte kilómetros hasta los farallones, Sidney.

El joven desvió la vista hacia el muchacho.

—Podemos recorrerlos en una hora escasa, tiempo más que suficiente para impedir que Leo franquee las barreras. Chuck, ¿quieres llamar a "Barrabás"?

Los ojos del muchacho se iluminaron vivamente.

—Con mucho gusto, señor Fargo —y salió de la estancia a todo correr.

CAPÍTULO VI

Con una expresión de profundo abatimiento, Sidney se dejó resbalar del cuello de “Barrabás” al suelo. Chuck le había precedido unos segundos antes.

El muchacho sostenía una potente antorcha eléctrica en la mano, pero la luz de la luna hubiera sido suficiente para poder contemplar el desastre que se había desplomado sobre ellos.

No había nada que hacer.

El avión estaba completamente destrozado, machacado, convertido en un inextricable amasijo de metales y varillas, que no servían para otra cosa que arrojarlos a un horno de fundición. Ya había sufrido bastante con el violento aterrizaje pero Sidney había confiado en que quizás, aun a bastante costo, sufragado en buena parte por el seguro, se hubieran podido reparar las averías.

Ahora no, ahora no podía repararse nada de lo que tenían a la vista. Aquel montón de hierros apenas si podía indicar, a no ser por una de las alas, algo mejor librada que el resto, que había sido un bonito aeroplano, orgullo y diversión de su desconsolado propietario.

Mas el desconsuelo del joven no se refería propiamente al aparato destruido, sino a que con él había sido destruido el transmisor de radio. Nada de cuanto había habido en el interior del avión se había salvado de la catástrofe.

—Ese Leo —exclamó Chuck con rabia.

Sidney meneó la cabeza.

—Chico, eso no es posible. Leo, además de que no ha podido venir por aquí, no hubiera perdido tanto tiempo. Le habría bastado con arrojar una cerilla después de abrir los grifos de purga de los tanques de combustible. El destrozo ha sido ocasionado por uno de tus... animalitos, Chuck.

El muchacho le miró compungido.

—Créame que lo siento, señor Fargo. Si yo lo hubiera sabido... Pero, claro, nunca los tenemos atados.

—¿Con qué cadenas los ibais a sujetar? —sonrió el joven.

En aquel momento se oyó un fuerte resoplido cerca de allí. Sidney no se había podido acostumbrar del todo a la existencia de animales antediluvianos y respingó.

Chuck lanzó un agudo grito.

—¡Ha sido "Estrellita"! ¡Condenada bestia!

El resoplido se repitió. Unas matas crujieron cerca de allí.

—"Estrellita" no puede ver nada raro sin husmearlo. Habrá creído que el avión era un animal enemigo... Entre ellos no se atacan, claro; pero ahora... —Chuck lanzó un agudo silbido, poniéndose dos dedos entre los labios. Luego gritó—: ¡"Estrellita", ven acá!

El suelo retembló unos instantes. Después un extraordinario animal apareció ante los asombrados ojos del joven.

—Es un triceratops —dijo Chuck tranquilamente dirigiéndose al joven—. No tenga miedo, no hace daño. Acércate, condenada, te digo.

El triceratops dio unos cuantos pasos, con gesto renuente, hacia donde se encontraban ellos.

Sidney examinó a su sabor al animal, una mezcla, en el cuerpo, de elefante y rinoceronte, pero de doce metros de largo por cuatro de alto. Su cola era muy gruesa y pesada y se apoyaba en el suelo. La cabeza era parecida a la de un rinoceronte, salvo que tenía dos cuernos de casi dos metros a ambos lados y uno más abajo, algo más corto, sobre el hocico. Su corto cuello estaba protegido por una ancha gola huesosa que le llegaba hasta las mandíbulas inferiores.

Mientras Sidney estudiaba al animal, Chuck le reprendía ásperamente, como si la bestia pudiera entender sus reproches. Y tal parecía suceder, porque los ojos del animal les miraban mansamente, en tanto que de su garganta salía una especie de quejido, como si le doliese la fechoría que acababa de cometer.

El chico terminó la peroración, inclinándose al suelo y tomando una piedra que arrojó contra el hocico de la enorme bestia.

Chuck gritó:

—¡Toma, malvada! ¡Y ahora, vete a casa!, ¿me oyes? Vete y no te muevas de allí hasta que yo te lo diga. ¡Largo, "Estrellita"!

El triceratops emitió un largo gemido y luego, dando media vuelta, tomó un trotecillo que le hizo fundirse en poco rato con las tinieblas.

A pesar de la apurada situación en que se encontraban, Sidney no pudo por menos de sonreír. "Estrellita" se había portado ni más ni menos como lo hubiera hecho un gozquecillo faldero.

Chuck le miró con aire lastimero.

—Lo siento de veras, señor Fargo. ¿Qué haremos ahora?

—Déjame pensar. No sé qué decirte por ahora. De momento, naturalmente, será que regresemos a casa.

"Barrabás" fue de nuevo su medio de transporte. Chuck le azuzó con sus gritos, consiguiendo que el animal corriera algo más que las veces anteriores y, por su parte, Sidney se vio obligado a realizar verdaderos prodigios de equilibrio para mantenerse encima de la bestia. Su suerte fue que Chuck era un muchacho fuerte y muy desarrollado para su edad, lo que le permitió sujetarse a su cintura para no ser derribado al suelo. Se estremeció al pensar en lo que podría sucederle si, cayendo, una de las patas del animal hubiese llegado a pisarle.

La señora McCall recibió la noticia con relativo estoicismo, mas no pudo evitar que las piernas le flaqueasen. Sidney le sirvió una copa de licor, tomándola de un anaquel próximo.

Lucy se lo agradeció con una mirada. Sorbió el licor y los colores reafluyeron lentamente a sus mejillas.

—¿Qué podemos hacer ahora, Sidney? Yo no tengo experiencia alguna en estas cosas; sólo soy una débil mujer cuya hija está en poder de un peligroso bandolero.

—Verá, señora —dijo Sidney—; la verdad es que yo también ando un poco confuso en esto. Para ir a pie hasta Brechet se necesitarían al menos ocho días, calculando a razón de unos cincuenta al día. En todo este tiempo, el criminal ya habrá tenido tiempo de irse de la ciudad y... Bueno, no podemos esperar tanto, ésa es la verdad.

—Pero no tenemos ningún medio de transporte. El “jeep” se lo llevaron ellos —gimió la mujer.

Sidney cerró los puños con rabia.

—Leo es un tipo astuto, sin duda —dijo—. Sabe bien lo que hace y, a poco que le ayuden sus cómplices, saldrá del apuro.

—A mí no me interesa lo que le suceda a él, Sidney, sino la vida de mi hija. No sé si podría resistir la muerte de May —dijo Lucy, estrechando fuertemente a Chuck contra su seno.

El joven abrió las manos con desesperación.

Exclamó:

—¡Qué puedo hacerle yo, señora! No me queda otro recurso que echar a andar de inmediato. Me llevaré fósforos y quizá, si veo durante el día algún aparato de patrulla, encenderé una hoguera para tratar de llamar su atención. A fin de cuentas, ellos también me consideran como desaparecido y estarán buscándome.

—Le prepararé algo de comida para el camino, Sidney —dijo la mujer, poniéndose en pie.

—¡Espera un momento, mamá!

La voz del chico resonó clara y vibrante. Sus ojos brillaban iluminados con una extraña luz interior.

—Creo —dijo Chuck lentamente— que hay una solución mejor que todo eso. Sí... si mamá lo permitiese, creo que podríamos llegar a Brechet poco después del mediodía.

Por unos instantes, Sidney temió que el suceso hubiese alterado la estabilidad mental del muchacho. Su madre también le miró con aprensión.

—¡Hijo! ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Ocho horas de aquí a la ciudad!

—Y quizá menos, si le piso el acelerador a "Barrabás".

Después de las palabras de Chuck se hizo un gran silencio en la estancia.

Sidney se movió de repente. Se sirvió una copa de coñac y la despachó de un solo golpe.

Miró hacia la ventana; el alba se anunciaba ya hacia el este.

Chuck le tocó el brazo.

—Señor Fargo, ¿qué le parece a usted mi idea?

Sidney vaciló. Como práctica, lo era. Pero, ¡caray!, ¿qué iban a pensar en la ciudad si le veían entrar a lomos de un brontosauro, una bestia de veinticinco metros de largo por siete u ocho de alto?

—Pues... —pero no acababa de resolverse.

El chico se fue hacia su madre. La cogió de un brazo, sacudiéndola

fuertemente.

—Mamá, tienes que dejarnos. Ese tipo se ha llevado a May. Dijo que no le haría ningún daño. Pero no podemos confiar en sus palabras. He leído novelas policíacas y a veces...

—La gente se enterará de nuestro secreto —dijo ella, con los ojos húmedos.

—Es la vida de May, mamá —insistió Chuck—. Papá lo aprobaría.

Lucy levantó la vista hacia el joven.

—Sidney, desearía escuchar su opinión.

—Verá, señora.. En principio, no tengo nada que objetar. Sin embargo, hemos de pensar en mi posición. No como hombre, sino como jefe de policía que tiene el deber de velar por una comunidad. Esto es lo que me preocupa a mí. ¿Se imagina usted a "Barrabás", paseándose libremente por la ciudad?

—En eso mismo pensaba yo, Sidney —murmuró la mujer apagadamente.

—Pero, mamá, May... —dijo Chuck.

Sidney levantó la mano.

—Escuchen —dijo—. Hay un término medio. "Barrabás" puede llevarnos a mí y a Chuck, éste como conductor, claro está, hasta algún punto cercano a una barrera policial. Luego el chico se vuelve con el animal y yo me encargo del resto. Naturalmente, habremos de recorrer unos doscientos cincuenta o trescientos kilómetros antes de encontrar seres humanos.

—No importa —dijo Chuck—. A veces me he pasado el día entero sobre uno de los animales y nunca me he cansado. —Miró a su madre con expresión anhelante—. ¿Puedo ir, mamá?

Lucy sonrió con gesto cansado.

—Anda, hijo. Después de todo, tratándose de rescatar a May, no podemos regatear ningún medio. Y —suspiró profundamente— si el secreto del Valle queda revelado, no nos quedará otro remedio que conformarnos. Habrá sido la voluntad de Dios

Chuck lanzó un grito de alegría y corrió hacia la puerta. Pero antes de

llegar a ella, se detuvo, interpelado por el joven.

—Chuck —dijo Sidney, llevándose sus manos hacia atrás—. Procura encontrar algo… blando para mí. Yo no estoy acostumbrado a montar, ¿sabes?

Un cuarto de hora más tarde, a la grisácea luz del día, se disponían a emprender la marcha. En la puerta de la casa su dueña les iba a decir adiós.

Un nuevo brontosauro apareció en escena, al pie de la colina. Los animales debían estar muy bien instruidos, porque el recién llegado no se atrevió a subir por la pendiente

—Es "Lola" —dijo Chuck.

—¿“Lola”?

—Sí. La pareja de "Barrabás". Siempre andan juntos por ahí. A veces cuando necesito montar a uno de ellos, me vuelvo loco buscándolos. Bueno, mamá, a la noche estaré de vuelta.

Sidney tomó la mano de la viuda.

—Tenga fe en mí, señora McCall. Su hija será rescatada.

—Gracias, hijo —dijo ella—. Id y que Dios os ayude.

Bajaron la cuesta, a cuyo pie estaba ya “Barrabás” frotándose el hocico con "Lola". Hubiera sido cómico de no tratarse de dos animales tan gigantescos.

En aquel momento se arremolinaron las aguas a corta distancia. Se oyó un fuerte resoplido y algo que parecía una descomunal serpiente apareció a unos cuarenta o cincuenta metros de la orilla.

—Ése es "Joe" —declaró el muchacho—. Es un plesiosauro. Ya lo verá cuando vuelva por aquí, una vez haya terminado todo, señor Fargo.

—No lo dudes —dijo él, mirando hacia el lago—. Volveré. Y más de una vez.

Chuck dijo:

—Bueno, ya estamos. Cuando quiera, señor Fargo. ¡Eh, "Barrabás", baja tu cabezota y déjate de arrumacos! ¡“Lola”, largo de aquí!

Era sorprendente ver la facilidad con que obedecían los animales. El brontosauro hembra emitió un gemido como si se quejase de que lo separasen de su pareja, pero acabó retirándose. En cuanto a "Barrabás", inclinó la cabeza y tocó el suelo para permitir que los dos jóvenes treparan por su cuello.

Chuck había dispuesto, con unas cuerdas, una manta doblada y un cojín, una especie de silla para Sidney. Éste tomó asiento en su sitio en tanto que el muchacho ocupaba el suyo.

Chuck alzó la mano saludando a su madre que estaba en lo alto de la colina. Sidney le imitó.

—¡Agárrese bien, señor Fargo! ¡Ahora verá lo que es correr! ¡Adelante, "Barrabás"!

El animal lanzó un profundo resoplido. Después movió las patas y se lanzó hacia adelante.

El suelo vibró bajo aquella serie de continuos impactos que originaba el paso del animal. Una vez hubieron rodeado la colina, Chuck lo guió en una dirección ligeramente oblicua a la del lugar de la caída del avión.

—¿Ya resistirá este galope el animal, Chuck? —preguntó Sidney.

—Ya lo creo, señor Fargo. Es capaz de mantenerse así doce horas antes de mostrar cansancio.

A los treinta kilómetros, unos cuarenta minutos después de haber partido, llegaron a la salida del valle.

Ésta se hallaba en dirección noroeste con respecto a la casa. Era un angosto desfiladero, encajonado entre unos muros de una altitud media de cuarenta a cincuenta metros y tan estrecho y con tantas curvas, que el brontosauro se veía y se las destacaba para poder seguir adelante, dado su enorme volumen.

El desfiladero mediría unos trescientos metros de largo, al cabo de los cuales se encontraron con una extensísima planicie, cubierta de arbolado propio de la región y donde abundaban, además, los lagos y lagunas de muy diferente extensión.

Al salir fuera del desfiladero, Sidney no pudo contener la tentación de mirar atrás. La boca del mismo estaba oculta de tal forma por la frondosa vegetación que a veinte metros de ella resultaba casi

imposible divisarla. Había sido, pues, una increíble casualidad la que había llevado a Leo hasta el Valle, y la prueba de ello la encontraron unos centenares de metros al ver volcado fuera del estrecho sendero practicado entre los abetos el reactomóvil de que se había servido el forajido para escapar de Brechet.

—Para un momento, Chuck —dijo el joven—. Vamos a examinar ese vehículo.

El chico se deslizó hasta el suelo, seguido de Sidney. Los dos se acercaron al reactomóvil, que yacía medio tumbado bajo unos frondosos abetos.

Sidney examinó cuidadosamente el vehículo con la esperanza de hallar en él el radioteléfono de que la inmensa mayoría de ellos estaba provista.

Sus esperanzas se vinieron bien pronto abajo al ver los destrozos que el forajido había hecho en el tablero de mandos con una gruesa piedra que aún yacía en el fondo del coche.

—Ese tipo no descuida detalle —masculló, furioso—. Sigamos, Chuck.

Reanudaron la marcha. Los gritos del muchacho espolearon al animal y éste emprendió un vivo trote, cuya velocidad calculó Sidney en más de los cincuenta kilómetros a la hora. Miró su reloj: eran ya las seis y media de la mañana.

* * *

El agente John Redfern estaba, con otros de sus compañeros, vigilando la barrera policial situada a unos sesenta kilómetros de Brechet. Eran ya cerca de las dos de la tarde y suspiraba porque le llegase el relevo para irse a casa. Pensar en el baño que le aguardaba y la comida que le prepararía su esposa, le causaban un deleite tan sólo inferior al que le produciría la realidad misma de las cosas con que estaba soñando.

Despachó un reactomóvil, después de registrarlo e identificar a sus ocupantes, ayudado por sus camaradas. Después, un tanto soñoliento, apoyó un codo en la barrera y se dispuso a prender fuego a un pitillo.

Entonces fue cuando divisó una figura cubierta de polvo que avanzaba lentamente por la carretera. La atonía desapareció de inmediato.

—¡Eh, muchachos! —exclamó—. Tengan cuidado; alguien se acerca.

Todos los policías requirieron de inmediato sus armas; el desconocido ganaba terreno lentamente, ya que parecía estar lisiado de la cintura para abajo y renqueaba de manera lamentable.

Los ojos de Redfern se dilataron súbitamente.

—¡Oigan! ¿No es ése... el jefe Fargo?

El sargento Madsen estaba al cargo de la barrera. Ordenó levantarla y pasó al otro lado, corriendo hacia Sidney.

—Jefe, ¿de dónde sale? —exclamó con vivo júbilo, pues el joven era generalmente apreciado por todos sus subordinados—. Le creíamos ya muerto...

—Estoy agotado —exclamó—. Denme un asiento. Que sea blando — añadió, suspirando al recordar las infernales siete horas que había pasado a lomos de “Barrabás”.

—Venga conmigo —dijo el sargento—. Tenemos ahí el coche... Redfern, mira a ver si hay una taza de café para el jefe.

—¡Cristo! —exclamó un policía—. Parece usted exhausto. ¿Dónde se metió?

—Es largo de contar —jadeó Sidney, en tanto se repantigaba en uno de los asientos del coche policial, sintiendo un infinito alivio en el final de su espalda al contactar con el blando mullido—. Pero puedo anticipar que sé, muy aproximadamente, el paradero del asesino.

—¡Lo ha visto! —exclamó Madsen.

Sidney se señaló la frente, todavía vendada.

—Sí, amigos. Lo he visto... y estoy vivo por milagro. Escúchenme, ¿no ha pasado por aquí un "jeep", conducido por una muchacha de unos veinte a veintidós años de edad, cabellos oscuros, tez tostada por el sol y ojos claros? A su lado iba un individuo con todo un lado de la cara tapado por un gran vendaje.

—Claro que sí —exclamó Redfern—. Yo mismo levanté la barrera. La chica dijo...

—Sé lo que dijo —murmuró el joven pensativamente, sorbiendo con ritmo pausado la taza de café que acababan de darle—. Era su marido,

le había picado una avispa particularmente maligna y lo llevaba al médico a que lo examinase.

—¡San Patricio bendito! —exclamó alguien, irlandés, sin duda—. ¿Es usted acaso brujo o adivino, jefe?

—Ni lo uno ni lo otro. El tipo del vendaje en la cara es el asesino y la chica se llama May McCall. El criminal la tiene como rehén hasta tanto consiga escapar de Brechet.

—La radio —dijo escuetamente el sargento.

—Sí, páseme el micrófono —pidió el joven. Impartió unas breves órdenes, y después devolvió el aparato. Miró al sargento—. Ya lo saben ustedes; las barreras, al menos en dirección norte, son inútiles. Ahora tenemos que registrar la ciudad palmo a palmo hasta que encontremos al tal Leo. Hay que tener cuidado; está armado y es muy peligroso. Tiró a matar contra mí y lo hará contra todo aquel que se le ponga en su camino. Y, por lo que pude hablar con él, no dudará en asesinar a la chica un segundo antes de morir si ve que no puede escapar. ¿Me han entendido ustedes?

—Perfectamente, señor —contestó el sargento.

—Nuestro objetivo primordial es hallar su escondite. Después rescatar a la señorita McCall. Me disgustaría dejar escapar a un asesino, pero lo preferiría antes de que se perdiera una vida más, ¿estamos?

—Le comprendo perfectamente, jefe. De la tierra no se puede escapar, de modo que un día u otro caerá en nuestras manos.

—Celebro que lo comprenda así, Madsen. Y ahora... por favor, llévenme a Brechet. Estoy hecho polvo de los... riñones.

El sargento le miró con interés.

—¿Cómo se las ha arreglado para llegar hasta aquí, jefe?

—Si se lo dijera, me pondría usted inmediatamente una camisa de fuerza, Madsen. De modo que...

Sydney no pudo continuar. Uno de los agentes acababa de lanzar un agudo grito.

—¡Miren!

Salió del coche e, inmediatamente, se tapó la cara con las manos.

"Barrabás" corría hacia allí a toda marcha.

CAPÍTULO VII

Por unos instantes, Sidney no supo qué hacer. Había dejado a Chuck y al monstruo a unos cuatro o cinco kilómetros de allí, con el fin de que la bestia no fuera vista y... de repente la tenía encima, avanzando hacia la barrera a toda velocidad que daban sus colosales patas

—¡Dios mío! —murmuró Madsen con cara de terror.

—¡San Patricio, protégenos! —exclamó el irlandés.

Redfern fue más expeditivo. Cargó el rifle y se lo echó a la cara.

Sidney reaccionó de inmediato.

—¡No, por Dios! Sería peor.

—Esa bestia nos va a aplastar —gritó uno—. Huyamos en el coche, ahora que tenemos tiempo.

El suelo se estremecía bajo el rítmico trote de “Barrabás”, cuyo volumen aumentaba por segundos. El cuello de la bestia subía y bajaba ligeramente al compás de la marcha, mientras resoplaba fuertemente por sus narices, levantando grandes nubes de polvo al hacerlo.

En pocos segundos el brontosauro estaría allí. Imaginó a hombres y máquinas convertidos en una pulpa de sangre y astillas...1

—¡No disparen! —gritó Sidney—. Sepárense.

Acababa de ocurrírsele una idea. Sólo podía hacer una cosa: detener a “Barrabás”. Si lo conseguía, el peligro se habría conjurado. De lo contrario... bien, valía más no pensar en ello.

Levantó la barrera y pasó al otro lado avanzando al encuentro del brontosauro.

—¡Jefe! —gritó Madsen—. ¿Se ha vuelto loco? ¡Esa bestia le va a aplastar!

Pero Sidney no le escuchó tan siquiera. Impertérrito avanzó una docena de metros deteniéndose luego en el centro de la autopista.

Cuando la bestia estaba a cincuenta metros de distancia lanzó un grito

—¡Quieto, "Barrabás"! ¡Párate te digo!

La orden surtió efectos instantáneos. El brontosauro aminoró su marcha y se detuvo.

Naturalmente, cincuenta metros no eran nada para él, de modo que cuando paró, su cabeza quedaba junto al cuerpo de Sidney.

—¿Quién te ha mandado escaparte de casa? —le gritó el joven, empleando el mismo tono que había oído a Chuck cuando echó a "Estrellita" de junto a las ruinas de su aeroplano.

"Barrabás” pareció comprender lo que le decían. Movió un par de veces su cabeza de derecha a izquierda y luego aspiró profundamente, como si olfateara las ropas del joven.

Los policías contemplaban estupefactos la escena. Más tarde, Redfern comprobaría, con infinito asombro, que había devorado medio pañuelo suyo sin darse cuenta, atraído y sugestionado por la increíble escena que estaba presenciando.

—¡Vuélvete, te digo! —repitió el joven.

El brontosauro lanzó un sonoro trompetazo que estuvo a punto de ensordecerle. Luego, con renuente lentitud, empezó a virar para regresar hacia donde había venido.

Algo llamó su atención. Un pino joven de unos tres metros de altura, situado junto a la carretera. Lo olisqueó unos segundos y luego, abriendo la boca, se lo zampó de un golpe.

Mientras terminaba de mordisquear las ramitas caídas, "Barrabás" le miró melancólicamente.

—No puedes venir con nosotros, compréndelo —dijo el joven—. Anda, vuélvete; yo buscaré a May.

Al oír el nombre de la muchacha, el animal soltó un furioso resoplido.

—¡Cuidado; le va a matar, jefe! —chilló Madsen.

—No hagan ruido. Cállense —gritó él.

Luego fue hasta el borde de la autopista, buscó una piedra y, tras inclinarse para cogerla, se la arrojó al animal.

—¡Largo, "Barrabás"!

Los policías creían estar soñando.

—Esto no lo contaré en casa —dijo el irlandés—. Mi mujer me acusaría de borracho en el acto.

—Yo quisiera tener a mano un buen trago —se lamentó Redfern—. Así comprobaría si estoy vivo o muerto.

—Es fantástico, increíble —musitó el sargento.

Finalmente, "Barrabás" pareció entender las órdenes que le daba Sidney. Dio media vuelta y se alejó con lento paso, moviendo de vez en cuando la cola con la cual barría casi todo el ancho de la carretera.

A lo lejos, un automovilista divisó a la bestia. Frenó en cuatro metros de espacio, viró en redondo y se alejó como alma que lleva el diablo.

Satisfecho por su intervención por un lado, pero dándose a todos los diablos por otro, Sidney giró sobre sus talones, regresando al puesto. Estaba realmente molido y necesitaba un buen descanso... aunque bien sabía que no podía tomárselo en tanto no hubiera hallado a May.

Súbitamente, alguien lanzó un grito.

—¡Jefe, la bestia regresa!

Se volvió rápidamente. "Barrabás" había dado media vuelta y se le acercaba, rozando con la cabeza el suelo, como si quisiese congraciarse con él. Le miraba con ojos suplicantes y ronroneaba lastimeramente.

Sidney se tapó los ojos con una mano. En un segundo había comprendido lo que sucedía.

—¡Dios mío! ¡Qué complicación! Este bicho se ha encariñado conmigo y ahora no me quiere soltar.

Durante unos momentos permaneció terriblemente irresoluto. Realmente, el problema que le planteaba la repentina sumisión del saurio era peliagudo y de difícil solución. ¿Cómo resolverlo?, se preguntó.

—¡Alguien viene! —exclamó entonces uno de los policías.

Tuvo que echarse a un lado, pues la enorme mole del animal le impedía la visión. Entonces divisó una figurilla que corría vacilantemente, tropezando en ocasiones.

Al punto adivinó de quién se trataba y corrió a su encuentro.

Chuck se dejó caer en sus brazos, completamente exhausto.

—Hola... señor Fargo... —jadeó, cubierto de sudor y polvo—. Este condenado animal... se me escapó durante un instante que me descuidé... Había bajado de él para...

—Ven conmigo —dijo suavemente el joven—. Te atenderemos y descansarás.

Chuck asintió pesadamente. Estaba agotado, pero, al pasar junto a la bestia, levantó el puño.

—Cuando volvamos a casa te acordarás de mí, "Barrabás" —le gritó.

—Ayúdenme a transportar al chico —gritó Sidney—. Y no tengan miedo; esta bestia no es peligrosa.

Haciendo acopio de valor, uno de los policías salió fuera de la barrera y se acercó a la pareja. Tomó en brazos a Chuck y se lo llevó consigo, no sin lanzar una aprensiva mirada al brontosauro que seguía caminando pacíficamente tras el jefe de policía.

Fatigado, desesperado, Sidney se apoyó en la barrera. A dos pasos de él, "Barrabás" le miraba con expresión implorante. Al otro lado, los policías, bastante pálidos por cierto, tenían listos los rifles para utilizarlos si era necesario.

—¿De dónde sacó esa bestia, jefe? —preguntó entrecortadamente el sargento.

—Es largo de contar, Madsen —contestó el joven—. Tráiganme más café.

Mientras sorbía el líquido, se lamentó.

—¿Qué hacer ahora, Madsen? Este animal se ha empeñado en seguirme. No puedo volverme atrás; el asunto de Leo reclama mi atención. Pero, ¿qué haremos con "Barrabás" en Brechet? ¿Se imagina usted lo que sucederá cuando aparezcamos con él en la ciudad?

El sargento asintió pesadamente, sin dejar de mirar al brontosauro, que resoplaba pacíficamente a un par de metros de distancia.

—Pues algo tenemos que hacer, jefe. Oiga, ¿por qué no lo encerramos en algún cobertizo? Nos procuramos unas cadenas y...

—Ya me dirá usted qué cadenas o cables son los que resistirían un tironazo de "Barrabás", Madsen. No; hay que pensar algo mejor.

Uno de los policías se acercó, devanando un hilo telefónico.

—Mensaje de jefatura para usted, señor Fargo.

—Gracias, Simpson.

Sidney tomó el aparato y habló durante unos minutos. Dio más órdenes y luego devolvió el teléfono.

—Simpson, no diga a nadie lo que tenemos aquí.

—Descuide, jefe.

En aquel momento vino el muchacho.

Chuck parecía haberse repuesto un tanto durante aquel breve descanso. Miró a Sidney con interés.

—“Barrabás” le ha tomado afecto, señor Fargo. En cuanto se me escapó lo supe de inmediato. Lo conozco bien; no conseguirá despegarse de él.

—¿Y qué hago yo ahora? —clamó el joven, desesperado—. No puedo volver al Valle. Tenemos que rescatar a tu hermana, ¿no lo comprendes?

—Bueno —contestó Chuck con indiferencia—, llévese a "Barrabás" a la ciudad

—¿Y dónde lo encerramos? ¿Es que te crees que allí hay establos especiales para brontosauros con puertas a prueba de coletazos?

—No hace falta que lo encierre. Con tal de que lo tenga cerca de usted...

—Pero yo tengo que estar en la Jefatura, dirigiendo las operaciones de rescate. Y cuando me vaya a dormir...

—Se lleva una tienda de campaña y la instala en el parque. Le aseguro que "Barrabás" se sentirá muy a gusto ahí.

Sidney levantó los brazos al cielo, desesperado.

—En cuanto me vean aparecer con “Barrabás” me harán dimitir.

—Alguno puede que le confunda con San Jorge y el dragón — sonrió el chico.

—Ésta no es hora de bromas, Chuck. Recuerda que tenemos que buscar a tu hermana. Está en poder de un peligroso criminal que... Bueno, prefiero no pensarlo. Y además, los tumultos que se organizarán sólo por ver a "Barrabás"... Ouoohhhh... —se quejó Sidney, a punto de echarse a llorar.

—Bueno, jefe —dijo Madsen—. A fin de cuentas, si no hay otro remedio, nos lo llevamos con nosotros. Una vez que estemos allí, ya veremos lo que hacemos con él. Y si el alcalde le echa, no se preocupe; ganará mucho más dinero como domador de... ¡glub!... de “Barrabás”, que no persiguiendo a criminales.

Sidney se destapó un ojo, con el que miró al muchacho.

—¿Qué dices tú, Chuck?

El muchacho opinó:

—Pues que no tiene otro remedio que llevarse a “Barrabás" con usted, señor Fargo. Y yo también iré, claro está.

El joven asintió pesadamente.

—En cuanto lleguemos a Brechet, enviaremos un avión para que avise a tu madre. Que le arroje un mensaje...

—Mejor será que vaya un helicóptero con una matrona y un receptor y transmisor de radio —sugirió el sargento—. Así tendrá compañía la madre de la secuestrada y podrán recibir noticias nuestras y contestarlas.

—Una buena idea, Madsen —aprobó el joven. Se enderezó—. Bien, desmonten la barrera. Volvemos a la ciudad.

* * *

La entrada de Sidney Fargo en Brechet a lomos del brontosauro fue épica y se recordará durante muchos años.

El joven condujo el animal por las calles más céntricas, de donde huía la gente despavorida al ver al colosal monstruo, hacia el Parque Fitzgerald, único lugar donde, relativamente, podía quedar instalado "Barrabás”, sin que ello crease graves conflictos.

Además, durante el camino había estado meditando. Puesto que la bestia parecía empeñada en no abandonarle, instalaría la Jefatura de Policía provisionalmente en el parque. Montaría unas tiendas de campaña y haría instalar también el servicio de radio y transmisiones. Desde allí dirigiría las operaciones de rescate de la muchacha, en tanto localizaban con exactitud su paradero.

Cuando llegó al parque, una enorme multitud, contenida difícilmente por los agentes del orden, les seguía, ávidos todos de contemplar de cerca a aquel gigantesco superviviente de eras remotas. La presencia de Sidney sobre el animal, quien, deliberadamente —y no como más tarde insinuó un periódico de la oposición, por afán exhibicionista—, montaba a "Barrabás", a fin de que todo el mundo se convenciera de que era inofensivo y no hacía mal a nadie, era debida a este motivo: tranquilizar a las gentes y procurar que nadie sintiera miedo ante la estancia de un ser semejante en el interior de la ciudad.

Los policías tuvieron que crear un cordón para evitar que nadie se aproximara a "Barrabas" a una distancia inferior a cien metros. Sidney había dado ya sus órdenes, y una furgoneta dotada de altavoces recorría constantemente el interior del círculo de espectadores, recomendando silencio y compostura.

En cuanto a Chuck, Madsen se encargó de él. Mientras recorrían los sesenta kilómetros que separaban la barrera de la ciudad, el joven había elaborado un plan, en el cual no tenía que figurar bajo ningún motivo el muchacho. Chuck fue, pues, a pesar de sus protestas, colocado en un automóvil cerrado y conducido a un lugar solamente conocido del joven y de unos pocos agentes.

También hizo enviar un mensaje a la señora McCall, así como a la matrona policial para que le hiciera compañía en tanto duraba la búsqueda del criminal. El jefe del Destacamento de la Policía Montada aprobó las medidas del joven y puso a disposición de Sidney todos los agentes que tenía a sus órdenes, pidiendo incluso más a la capital de la nación, ante la emergencia que había creado la presencia de "Barrabás" en Brechet.

La Jefatura Provisional de Policía fue instalada, por tanto, en el parque, en el que había un lago que ordinariamente servía para recreo y que ahora sería utilizado por "Barrabás" para sus abluciones y satisfacer su sed.

El único que protestó en un principio fue el alcalde, que quiso destituir al joven desde un principio. Pero muy pronto hubo de cambiar de actitud cuando Sidney le expuso una serie de argumentos que no tenían vuelta de hoja. Sidney le hizo ver:

—Vendrán periodistas y fotógrafos de todas las partes del mundo. No quiero oír hablar de los científicos, porque los tendremos como enjambres, y en cuanto a los turistas y curiosos de toda laya, ¿qué me dice usted? Eso deja dinero a la ciudad, alcalde.

El aludido pareció convencerse.

—Claro, claro —manifestó—. Luego, podríamos instalar aquí una especie de vallado para el animalito y cobrar por la exhibición. Ésta sería una fuente de ingresos muy apreciable para Brechet...

Miró a "Barrabás", muy ocupado en saborear los tiernos tallos de un álamo joven, y se estremeció al pensar en los destrozos que la enorme bestia iba a causar en la ciudad.

—... cosa que, aquí para entre nosotros, vamos a necesitar con verdadera urgencia.

—Desde luego, alcalde —asintió el joven. Vio un par de camiones que se detenían a poca distancia y se separó de su interlocutor—. Dispénseme.

Un hombre con gafas acudió a su encuentro, presentándose.

—Backlist, jefe del equipo móvil de Televisión. ¿Cómo está, jefe?

—Encantado de saludarle, Backlist. Venga por aquí; le diré dónde hay que instalar las cámaras. Quiero que haga usted un amplio reportaje de modo que sea difundido por todo el ámbito nacional, ¿me entiende?

—Quiere celebridad, ¿eh, Fargo? —masculló Backlist.

—Quiero rescatar a una joven de las garras de un asesino que ya ha cometido, al menos que yo sepa, un crimen. Y sus cámaras me van a ayudar más que lo que usted piensa.

—Está bien, está bien —dijo el técnico, comprendiendo a medias—. ¿Dónde las instalamos?

El joven buscó un punto, situado a unos treinta metros del lago.

—Aquí —dijo.

—Éste no es buen sitio, dispense, jefe.

Sidney le miró con sequedad.

—Aquí, he dicho, Backlist. Yo soy el único que, por ahora, puede dominar a esa bestia, y sé dónde conviene instalar las cámaras para que no le molesten demasiado. Diga a sus-expertos que no hagan más ruidos que los necesarios y al locutor que no se crea que está radiando un partido de fútbol. Ah, y apresúrese; la emisión habrá de cesar antes de que se haga de noche.

Consultó su reloj: aún quedaba una hora de luz. Backlist asintió, retirándose a dar sus órdenes.

Un agente se acercó, con un aparato telefónico en la mano.

—El gabinete fotográfico al habla, jefe.

—Soy Fargo. ¿Qué hay?

—Ya hemos copiado la fotografía que usted nos envió de la chica, jefe.

—Está bien. Repartan copias inmediatamente a todos los agentes.

Devolvió el aparato. Un sargento le transmitió un mensaje.

—Conforme, Burley. Ah, examinen bien todos los coches que quieran salir de la dudad, Si encuentran a un hombre joven, de unos treinta años, con un lado de la cara vendado, o aunque sea toda la cabeza, que lo lleven inmediatamente a un médico para que le examine y que me den cuenta en el acto

—Sí, jefe.

Las cámaras empezaron a actuar, transmitiendo a todos los rincones del país la asombrosa noticia. La vieron y escucharon muchas personas, una de ellas Charlie Fenton, director del "Geographic Magazine”.

Otro de los que presenciaron la emisión fue Leo, el asesino y

CAPÍTULO VIII

Cuando Leo vio la imagen del colosal monstruo reflejada en la pantalla del televisor, un súbito chispazo pareció estallar en su mente.

No estaba solo en la habitación. Había otro individuo más, tan mal encarado como él, y que igualmente presenciaba interesadísimo la emisión.

—Jackie —dijo Leo secamente—, tráeme a la chica.

—¿Qué es lo que piensas hacer?

—Tú tráela y no te preocupes de más. ¡Vivo!

El llamado Jackie regresó poco después, acompañando a May y a otra mujer de unos treinta años, en cuyo ajado semblante se advertían las huellas de una vida disoluta.

Leo agitó una mano.

—Ven aquí, muñeca. Mira y dime qué te parece eso que se está viendo en la pantalla.

La muchacha obedeció. Tenía las ropas arrugadas y el cabello alborotado, pero fuera de esto su aspecto físico era excelente. No aparecía amedrentada, aunque sí algo pálida.

Su corazón latió con fuerza al reconocer a "Barrabás", enfocado claramente por el transmisor televisivo. La escena cambió de repente, al cambiar de objetivo, y apareció en ella el jefe de policía, con el brontosauro al fondo, respondiendo a unas preguntas que le hacía el redactor de la emisora de televisión.

Los rufianes escucharon atentamente unos momentos. Sidney se defendió hábilmente del acoso del informador, negándose a dar dato alguno que pudiera conducir a una pista sobre el lugar en que había hallado el animal prediluviano. La emisión estaba a punto de terminar, pues ya oscurecía.

—Vamos a ver, muñeca —repitió Leo—. ¿Qué me dices de eso?

—No sé nada —repitió la muchacha, comprendiendo la argucia de Sidney para salvarla, aunque íntimamente deplorase la publicidad—. Es la primera vez que veo tan fantástico animal.

¡SLASH!

La bofetada resonó sonoramente en el reducido ámbito de la estancia. May lanzó un leve grito y hubiera caído hacia atrás, de no haber sido oportunamente sostenida por la mujer, quien la devolvió nuevamente a su sitio.

—Quiero que me contestes cuando te pregunte una cosa —dijo Leo sin alterar el tono de su voz. Volvió a sentarse—. Vi una cabezota semejante a la de ese bicharraco cuando estuve en tu casa. ¿Por qué lo han traído aquí?

—Le he dicho que no sé nada —repitió la muchacha—. Como usted, es la primera vez que lo veo.

—Si me haces levantarme de nuevo, tendrás que lamentarlo, chica. El policía trajo la bestia a la ciudad con un fin. Dice que lo ha encontrado en un sitio, pero no quiere revelar dónde está ese lugar. Yo sí, porque me tomé un café con buñuelos allí. Por lo tanto, te recomiendo que hables.

—¿Qué quiere que le diga? —contestó ella enojada—. Ya le hice un favor, ¿no? Pasó fácilmente todas las barreras policiales. Ahora, suélteme.

—Eso es lo que querrías tú, guapa —dijo el rufián—. Inmediatamente irías a buscar a tu policía y le soltarías el cuento, ¿no es eso? Pero te estarás conmigo hasta que yo lo crea conveniente.

May se encogió de hombros.

—Cualquier cosa que le diga no me la creerá, de modo que prefiero callar. Puede pegarme si quiere, pero no hablaré.

Leo miró a su compinche.

—La chica es valiente —dijo—. Está bien; no te pegaré. Sería una lástima arruinar un rostro tan bonito como el tuyo. Pero cuando hayas estado veinticuatro horas sin comer ni beber, cambiarás de opinión tanto como una corista de traje en noche de estreno de revista. ¡Chipsie!

—Sí, Leo —dijo la mujer.

—Llévatela otra vez y procura que no pruebe una gota de agua ni un bocado de pan.

—De acuerdo, Leo. Vamos, chica.

Chipsie tomó por el brazo a la muchacha, que se dejó llevar sin resistencia.

Cuando las dos estuvieron de nuevo en su habitación, May la miró fijamente.

—Usted es mujer. Pertenece a mi mismo sexo. Ese individuo puede que me mate. ¿Lo consentirá usted?

La mujer tomó un cigarrillo y se lo colgó de los labios, al mismo tiempo que se encogía de hombros.

—No me vengas con el cuento de las lágrimas, chica. Aunque quisiera complacerte, no puedo. Los dos están armados y para salir de la casa hay que cruzar la sala donde están ellos.

—¿Se da usted cuenta del delito que comete al ayudar a Leo a tenerme aquí presa, Chipsie?

Ésta expulsó el humo lentamente.

—Todo eso lo sé yo casi antes de que tú nacieras, preciosa. Quédate quieta ahí y cierra el pico. Me molesta oírte hablar como una cotorra.

—Cuando la juzguen, declararé la verdad, Chipsie. No espere entonces que me conmueva por usted.

—¡Huy! —rió desvergonzadamente la aludida—. Todavía no me han pescado.

May se puso en pie, escrutando una vez más la habitación. Sólo había en ella un ventanuco, tan estrecho que ni un chiquillo de meses hubiera podido pasar por él. La casa era vieja y condenada al derribo, pues estaba situada en un plan de urbanización de la ciudad, pero antes de que empezasen a trabajar en ello, habrían de pasar varios meses.

—No te esfuerces, chica. No podrás salir por ahí. Y si piensas atacarme, te enseñaré unos cuantos trucos de lucha, que te dejarán boquiabierta.

—¿De verdad? —se burló ella, pensando en sus propios músculos, finos pero fuertes por una constante vida al aire libre.

—Lo que oyes. Y siéntate de una vez.

Hubo una pausa.

—¿Qué es lo que espera usted ganar ayudando a Leo?

—Es nuestro amigo —contestó Chipsie hoscamente.

—Vaya una amistad. ¿Y sólo por eso se compromete a que la lleven a la horca? Porque si esperan que paguen rescate por mí, están equivocados; en mi casa son pobres.

—¡He dicho que te calles! —gritó la mujer, irritándose.

May se encogió de hombros.

—Si una, a fin de cuentas, no va a poder hablar, no sé, entonces, qué recurso le queda. La verdad es que su papelito no es muy brillante que digamos, Chipsie.

—Hago lo que me toca y nada más —gruñó la otra—. Y si vuelvo a repetirte una vez más que te calles, lo haré a golpes.

May agitó una mano desdeñosamente.

—¡Bah! ¡Golpes! Usted no sería capaz de pegar a un recién nacido. Atrévase a tocarme y cuando juzguen, declararé...

Chipsie perdió los estribos, que era precisamente lo que la muchacha andaba buscando. Se fue hacia May y levantó la mano.

Entonces fue cuando ésta entró en acción. No conocía, quizá, mucho de la lucha cuerpo a cuerpo, pero el suyo, endurecido y fortalecido por veinte años de vida al aire libre, estaba ágil y fuerte.

Levantó la mano izquierda y golpeó con dureza el estómago de Chipsie, la cual boqueó angustiosamente, con una expresión de sorpresa en su rostro. Chipsie intentó resistirse, pero había perdido la iniciativa. Un nuevo puñetazo de May la arrojó a un lado.

La mujer tropezó contra la pared. Se rehizo e intentó arrojarse de nuevo sobre May, pero ésta le lanzó una silla y, enredándose las piernas en ella, cayó al suelo.

May no la dejó rehacerse esta vez. Se echó encima de ella, sujetándola al suelo con las rodillas y golpeó la sien de Chipsie con su puño. Chipsie dejó de moverse.

A continuación, la muchacha se dirigió hacia la puerta. Escuchó atentamente durante unos segundos y luego, abriendo tan sólo una rendija, trató de imitar la voz de su guardiana.

—Leo, ven acá un momento.

Oyó un gruñido y el remover de una silla en la estancia vecina. Luego, tomando ella la que estaba caída en el suelo, se parapetó tras la puerta, levantándola en alto.

Una cabeza asomó por la puerta. May descargó el golpe y entonces se dio cuenta, un poco tarde ya, que se trataba de Jackie, el compinche de Leo.

A pesar de todo, quiso intentar una fuga desesperada. Salió de la habitación, deteniéndose a un metro de la puerta.

Leo estaba frente a ella, apuntándole con el revólver, al mismo tiempo que le señalaba la habitación que acababa de abandonar.

—Vuelve ahí, muñeca. Ése es tu sitio y no te moverás de él hasta que yo te lo ordene, ¿estamos?

May enrojeció de ira, sintiéndose decepcionada por el fracaso de su plan. La misma cólera le hizo sentirse irrazonable y, despreciando el posible peligro del arma, se arrojó contra Leo.

Éste la dejó llegar, sonriendo imperturbablemente. Demasiado tarde se dio cuenta May del puño cerrado que avanzaba hacia su mentón con irresistible impulso.

* * *

Más tarde, después de los correspondientes reproches, Leo dijo:

—Jackie, tú y Chipsie quedaos aquí vigilando a la chica.

—¿Piensas salir? —preguntó el otro, alarmado.

—Sí, pero no tengas cuidado. Con todo este jaleo que hay en la ciudad no me reconocerán. La llegada de este mastodonte ha sido

providencial para nosotros… y para nuestro bolsillo.

—No te entiendo —dijo el rufián, muy extrañado.

—Pues es bien sencillo. Fíjate en el dinero que puede proporcionar la exhibición de un animal de esa índole.

—La chica es pobre —objetó Chipsie, todavía furiosa por la derrota sufrida.

—Pero es la dueña del bicharraco —masculló Leo—. Y cualquier empresario de circo le adelantaría inmediatamente un millón de “pavos”, solamente por firmarle la exclusiva de la exhibición del animalejo, ¿me entiendes?

Jackie lanzó un largo silbido, admirado de los razonamientos de su colega.

—Eres fantástico, Leo. No hay nadie como tú.

—Gracias, chico. Bueno, a vosotros también os tocará un buen pellizco si me ayudáis bien.

—Cuenta con ello, Leo —dijo Chipsie, en cuyos ojos brillaba una llama de codicia.

—De momento, quedaos aquí y vigiladme bien a la chica. Vale lo que pesa… ¡en diamantes!

Treinta minutos más tarde, Leo hacía una llamada telefónica.

* * *

Envuelto en una manta, Sidney se hallaba tendido en el parque sobre una silla extensible. Cerca de él, "Barrabás" resoplaba rítmicamente.

Un policía despertó al joven. Éste lo hizo con dificultad; una noche entera sin dormir y luego ocho horas sobre el lomo del brontosauro eran capaces de rendir al más fuerte.

—Mensaje de la central, señor.

—¿Sí? —murmuró el joven, abriendo apenas un ojo—. ¿Quién lo envía?

—Un tal Leo, jefe.

Sidney se alertó de inmediato. El sueño le huyó totalmente.

—Páseme el teléfono —pidió, y cuando tuvo el aparato en la mano, dijo—: El jefe Fargo al habla.

—Buenas noches, jefe —dijo un policía—. Siento molestarle...

—No se detenga —exclamó el joven, impaciente—: Hable. ¿Qué ha manifestado Leo?

—Dice que ahora van a pedir rescate por la chica. Usted la conoce, dice también. Que ya se pondrá de acuerdo otra vez para señalar el lugar donde se ha de depositar el dinero.

—¿Ha fijado la cantidad?

—Sí, jefe. Pide medio millón.

Sidney lanzó un silbido.

—¡Medio millón! Pero... Está bien. ¿No dijo nada más?

—No, señor. Soltó todo de un tirón y luego cortó antes de que pudiéramos localizar la comunicación. Lo hemos hecho después, pero el tipo ya había volado.

—Es natural —contestó el joven, muy pensativo—. Gracias —y devolvió el teléfono.

Se tumbó de nuevo en la silla, meditando sobre la nueva complicación que representaba la inesperada actitud de Leo.

Pensó en May. La muchacha le había impresionado gratamente desde el primer momento que la viera. Y, aunque no era presumido, creía que él también le agradaba. Sí, cuando todo acabase, tendría que verla con más frecuencia. Era una buena chica, como la que estaba ya necesitando para compañera al término de sus treinta años.

Pero, ¿de dónde iban a sacar los McCall el medio millón que pedía el forajido? ¿Se había vuelto loco Leo?

Sus elucubraciones fueron cortadas súbitamente por la voz de un agente.

—Desean verle, jefe.

—Bien —dijo, incorporándose a medias en la silla.

Un hombre, de unos cincuenta y cinco años de edad, de buena apariencia, se le acercó, quitándose el sombrero por un instante. Se presentó.

—Charlie Fenton, director del "Geographic Magazine", jefe Fargo. ¿Cómo está?

—Encantado, señor Fenton. Ya puede ver —dijo, señalando con el pulgar a sus espaldas—: con este bicho al lado y un caso de secuestro entre las manos.

Había una luz discreta que iluminaba todo claramente, pero sin estridencias, con el fin de no provocar sustos innecesarios al animal y que éste se espantase.

Fenton lo señaló con el dedo.

—Buen peso pesado, jefe —comentó.

—Sí. Le he calculado entre treinta y cinco o cuarenta toneladas.

—Seguro que ese animal tiene que ver algo con la familia McCall, ¿verdad?

La pregunta fue hecha de modo tan directo, que Sidney no pudo por menos que parpadear.

—¿Quién se lo ha dicho? Nadie, sino yo y los agentes del caso sabemos el apellido de la chica secuestrada.

—No he mencionado a ninguna chica, sino a la familia McCall. ¿Qué hace el profesor?

—Si se refiere al padre de ella, murió hace unos cuantos años —contestó el joven, un tanto suspicaz—. ¿Cómo lo sabe usted, Fenton?

Éste emitió un suspiro.

—Había llegado ya casi a perder la esperanza, jefe Fargo. Hace unos veinte años que ando tras el caso de los animales prediluvianos. Freeman, el antiguo decano de la Universidad de Edmonton, debe estar tirándose de los pelos.

—¿Qué tiene que ver Freeman con los McCall? —inquirió el joven, muy intrigado.

—Es una historia un poco larga de contar —dijo Fenton—. Escuche…

Cuando el director de la revista científica hubo concluido, Sidney asintió.

—Esto completa la historia —comentó—. Ahora ya sabemos todo lo referente a esos monstruos.

—¿Esos? —murmuró Fenton—. ¿Es que hay más?

Sidney sonrió.

—Sí, cinco más. Yo he visto a tres o cuatro de ellos. Son muy mansos y pacíficos. Como el que está viendo —suspiró—. Se ha encariñado conmigo y no me suelta ni a sol ni a sombra.

—El asunto va a causar sensación en los medios científicos, jefe —dijo Fenton—. Tengo entendido que ya se dirigen hacia aquí verdaderas bandadas de sabios de todos los géneros.

—Pues por ahora tendrán que esperarse un poco, Fenton. Mi interés primordial es rescatar a la muchacha.

—¿Piden mucho?

—Medio millón; y no les creo capaces de reunir más allá de veinte mil, aún exagerando la nota.

Fenton sonrió débilmente.

—Medio millón es poco. Si yo fuera el secuestrador, pediría diez veces más, seguro de tener el dinero antes de cuarenta y ocho horas.

Sidney parpadeó.

—¡Eh! ¿Qué está diciendo?

—Ya lo oyó, Fargo. ¿Cuánto cree usted que pagaría un museo de historia natural por una pieza de ésas en vivo? Y usted dice que hay cuatro o cinco más, ¿verdad?

El joven miró a Fenton con los ojos muy abiertos. Luego soltó un reniego.

—¡Condenado Leo! —exclamó—. Es astuto, no cabe la menor duda. Ahora me lo explico.

—El secuestrador no es tonto, desde luego, jefe. Sabe lo que se hace y, si quiere sacar con vida a la chica, tendrá que entrar en negociaciones con algún museo. Le digo que tendrá el dinero cómo y cuándo quiera. Esto, si no interviene el gobierno del Canadá, como cosa de interés nacional.

Sidney se dejó caer en su silla, completamente desalentado.

—La cosa se complica —murmuró, tratando de pensar en la manera de salir de aquel atolladero.

Pero, en contra de lo que él creía, sus tribulaciones no habían hecho sino comenzar.

Un agente vino con el teléfono en la mano.

—Mensaje de la señora McCall —dijo.

—Habla Fargo, señora McCall. ¿Cómo se encuentra? Chuck está bien: no se preocupe por él.

—Hay otra cosa que me preocupa más, hijo. Los otros cuatro reptiles terrestres acaban de escaparse. Seguramente se dirigen hacia la ciudad.

CAPÍTULO IX

Sidney devolvió el aparato con expresión sombría.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Fenton, muy interesado.

—Hay cuatro monstruos antediluvianos que se dirigen hacia la ciudad —declaró el joven con énfasis.

—¡Diablos! Esto se está poniendo interesante. Aunque… —el periodista meneó la cabeza—, por otra parte, es una verdadera lástima. Esos animales no vivirán mucho.

Sidney no prestó mucha atención a las palabras de Fenton.

—¡Madsen! —llamó.

El sargento acudió en el acto.

—¿Sí, jefe?

—Tráiganme al chico McCall inmediatamente. Sin perder un segundo, ¿me entiende? Enseguida.

—Desde luego, jefe. ¡Redfern! —gritó el sargento, echando a correr.

—¡Sargento Burton!

El aludido se acercó al instante.

—¿Señor Fargo?

—Aliste un pelotón de doce hombres por lo menos. Lo vamos a necesitar inmediatamente.

—¿Con armas, jefe?

—Escopetas lanzagases y pistolas, nada más por el momento. Dese prisa.

—Sí, señor.

Luego, llamó al encargado de la central.

—Póngame con el alcalde, Janssen.

—Al momento, jefe.

Cuando el joven tuvo la comunicación, puso en conocimiento del alcalde la noticia recién recibida. Después colgó el teléfono.

Ya empezaba a clarear. Consultó su reloj y calculó que los animales no llegarían allí antes de siete u ocho horas, es decir, unas veinticuatro después que él. "Tengo tiempo para descabezar otro sueñecito", se dijo.

Vino un oficial de la Policía Montada.

—Hemos rastreado todo el barrio norte sin hallar nada de particular. Nueve sospechosos están detenidos en los calabozos.

—Que los interroguen a fondo y que comprueben todos sus movimientos en los últimos cuatro días.

—Sí, señor.

Luego reparó en el periodista, que continuaba todavía allí. Le miró fijamente.

—Antes dijo que los monstruos no vivirán mucho. ¿En qué se basa usted para sentar tal afirmación, Fenton?

—Fíjese en el brontosauro —contestó el aludido, señalando la enorme mole que tenía a unos metros de distancia—. Respira casi al mismo ritmo que nosotros.

—¿Y...?

—Eso no es normal, jefe Fargo. No soy un científico en el sentido estricto de la palabra, pero estoy metido en estos asuntos desde hace treinta y cinco años. El número de inspiraciones del brontosauro no debería ser mayor que dos o tres por minuto.

—Sigo sin entender nada —replicó el joven, intrigado.

—Pues es muy sencillo —dijo Fenton—. Estos monstruos vivieron en la Era Secundaria. El último periodo de la Era Primaria es el carbonífero, que enlaza con la citada por medio de un periodo de transición conocido por el nombre de pérmico. Durante el carbonífero no había otra cosa que plantas, una vegetación exuberante que trataba de purificar la atmósfera, llena de gases de los que producen los pantanos. En aquellos tiempos nuestro planeta, la parte sólida, claro está, era un colosal pantano y los gases como el metano y el ácido carbónico abundaban extraordinariamente. Un hombre hubiera muerto allí en minutos.

Sidney preguntó, extrañado:

—¿Qué tiene eso que ver con el brontosauro, Fenton?

—A ello voy —contestó el periodista—. Cuando estos reptiles aparecieron, la atmósfera no estaba totalmente purificada, aunque sí en mucho mayor grado que durante los periodos carbonífero y pérmico. Los grandes reptiles estaban habituados a respirar una atmósfera inficionada, escasa en oxígeno. Por el contrario, la que ahora respira ese que tenemos delante es rica en dicho gas vital. En una palabra, se está quemando.

Sidney volvió la cabeza hacia "Barrabás", el cual le miró mansamente. Advirtió el rítmico movimiento de sus flancos, y, por curiosidad, contó el número.

—Trece por minuto —dijo.

—Una persona normal respira dieciséis veces en el ese mismo espacio de tiempo, por término medio, Fargo. El brontosauro sólo tendría que hacerlo dos o tres y aún me parece que exagero.

—Es una lástima, pero nosotros no podemos hacer nada por evitarlo.

Fenton sonrió.

—No se preocupe; todavía vivirá lo suficiente para que la muchacha sea rescatada.

En aquel momento se oyó el chirriar de frenos. Los dos hombres volvieron la cabeza.

Dos policías se apearon de un reactomóvil. Junto con ellos bajó un muchacho que corrió hacia el joven.

—¡Señor Fargo! —gritó Chuck—. ¿Qué noticias hay de mi hermana?

—Cálmate, chico —contestó Sidney—. No son buenas, pero tampoco son malas. Por el momento está viva, que es lo que más nos importa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Chuck fervorosamente.

—Sin embargo, no te he traído aquí para hablarte de May, sino por otra cosa algo más grave.

—Mi madre.

—Tampoco. Tu madre se encuentra perfectamente. Se trata de tus... animalitos. Vienen hacia acá. "Joe", naturalmente, se ha quedado en el lago.

Los ojos del muchacho se iluminaron.

—¡Vienen a buscarnos! —exclamó.

—No digas tonterías —gruñó el joven. Pero inmediatamente se dio cuenta de que era él quien acababa de pronunciarlas—. Oye, repite eso que has dicho.

—Pues claro —respondió Chuck muy animado—. Nos echan en falta y vienen hacia acá. “Joe”, claro, se queda allí, en el lago. No puede correr mucho por terreno sólido.

Fenton intervino.

—¿Qué clase de animales son, muchacho? —preguntó.

Sidney se lo presentó.

—Es el señor Fenton, director del "Geographic Magazine", Chuck.

El chico estrechó con fuerza la mano del periodista.

—Mucho gusto en conocerle, señor Fenton. Nosotros estamos suscritos a su revista desde siempre. Papá hablaba mucho de usted y dijo que era el único hombre con sentido común del Canadá. Al menos en este asunto de los animales prediluvianos.

—¡Caramba! Ésa sí que es una buena noticia —exclamó el periodista, visiblemente halagado—, ¿y por qué no se puso entonces tu padre en contacto conmigo?

Chuck se encogió de hombros.

—No lo sé; yo era muy pequeño entonces. Se lo oí decir a mi madre. También sé que estaba amargado por la incomprensión del decano Freeman.

—Si tu padre viviera ahora —dijo gravemente el periodista—, se tomaría cumplida venganza de ese imbécil de Freeman. Bien, todavía no me has dicho qué animales tenéis en el valle.

Chuck empezó a contar con los dedos.

—Están "Lola", la... la pareja de "Barrabás"; un estegosauro, "Tumbón", porque lo hace en cuanto nos descuidamos; "Estrellita", que es el triceratops, y "Bonita", un diplodocos de veinticuatro metros. "Joe" es un plesiosauro.

Fenton miró maravillado al muchacho. Luego volvió la vista hacia Sidney.

—Hay ahí —dijo— más de doscientas toneladas de carne. Eso vale su peso en billetes de mil dólares, Fargo.

El joven lanzó un silbido.

—Con quinientos mil me conformo.

—¡Eh! ¿Qué sucede, señor Fargo? —preguntó el muchacho.

Sidney le explicó lo que sucedía. Chuck se negó rotundamente a ello.

—Ni hablar. May no querría.

—Ni tú ni tu hermana sois parte en este asunto, chico —dijo Sidney—. Tendrá que ser tu madre la que decida. Y cuando vea que la vida de May pende de un hilo, no tendrá otro remedio que acceder.

Los ojos del chico se empañaron.

—¡Vender los animales! —murmuró, compungido.

Fenton le puso una mano sobre el hombro.

—Vamos, no te preocupes. Encontraremos una fórmula para arreglarlo todo. Quizá ni se necesite venderlos.

Pero Chuck no le contestó. Dio media vuelta y se acercó lentamente a "Barrabás", que yacía tranquilamente a un lado.

El brontosauro levantó la cabeza, olisqueó un momento y, reconociendo a Chuck, volvió a bajarla, apoyándola en el suelo.

El muchacho se sentó encima del enorme cráneo, apoyando un codo en la rodilla.

Había ya bastante luz y Fenton no olvidaba su profesión. Tiró unas cuantas placas con la cámara que había traído prevenida. Luego, acompañado por el joven, se acercó al monstruo.

En aquel momento se acercó el sargento Burton.

—Jefe, hemos encontrado el "jeep" de los McCall.

El rostro del joven se iluminó.

—¿Dónde?

—En la orilla este del lago, sumergido en un fondo de metro y medio. Lo vieron unos chiquillos y pasaron el aviso.

—¿En qué sitio?

—Al final de la calle Tercera, jefe.

Sidney hizo un cálculo mental.

—Eso está cerca del nuevo plan de urbanización. Haga que todos los agentes disponibles registren las casas a conciencia procurando, sin embargo, despertar las menores sospechas posibles. En el momento en que sepan algo, avísenme. Ah, y haga el favor de traerme aquí al señor Backlist. Que venga rápidamente.

—Sí, señor.

Un policía se acercó con una bandeja en la cual se veía una fuente con buñuelos y tazas con café.

—¡Ven acá, Chuck! Tome usted una taza, señor Fenton.

—Gracias, Fargo.

Desayunaron en silencio. Al otro lado de la barrera policial, la muchedumbre empezaba a engrosar de nuevo.

Cuando estaban terminando de desayunar, llegó Backlist.

—Buenos días, jefe Fargo. ¿Alguna noticia interesante?

—Sí, quiero que la transmita lo antes posible, repitiéndola periódicamente. Vienen hacia la ciudad cuatro animales más, del tipo de éste que usted ve. Prevenga a todos los ciudadanos que se encierren en sus casas y que excitarlos no procuren. Son mansos, pero no sabemos cómo reaccionarían en caso de provocación, ¿me entiende?

Backlist parpadeó.

—Menudo notición. ¿Podremos filmarlos, verdad?

—Desde luego, pero no olvide que hay quien tiene derechos sobre todas las fotografías y "films" que se proyecten. Habrá que pagar y pagar de firme, Backlist.

—No repararemos en gastos. La noticia lo merece.

—¿Cuándo se va a poner usted en contacto con algún museo, Fargo? —preguntó Fenton.

—Antes desearía hacer algunas gestiones. El secuestrador ha avisado solamente que es preciso reunir medio millón. Tiene que llamarnos de nuevo para indicarnos dónde hemos de depositarlo y el día en que se ha de hacer. Entonces actuaré.

El sol había salido ya de modo radiante. Vinieron varios coches, llenos

todos de científicos, a los cuales tuvo que atender el joven lo mejor que supo. Afortunadamente, estaba allí Fenton, en el que delegó buena parte de sus funciones.

Chuck fue también asaeteado a preguntas. El muchacho contestó a todas con desparpajo impropio de sus años. Bien mirado, no lo hizo tan mal, teniendo en cuenta el aislamiento en que hasta entonces había vivido.

Llegaron más periodistas y representantes de agencias, todos ellos pretendiendo exclusivas, que el joven rechazó, por el momento, con toda energía, pese a que algunas eran realmente fabulosas. También vino la persona que esperaban: el representante de un famoso circo, enarbolando en su mano un cheque en blanco.

—Lo que quieran hasta dos millones —gritó el hombre, pero Sidney lo hizo salir cortés y enérgicamente.

El alcalde llegó también, despavorido, un brontosauro podía pasar, manifestó. Pero cuatro o cinco más era una verdadera locura. "Me destrozarán la ciudad. Nos arruinaremos pagando indemnizaciones", chillaba.

—Así derribarán algunas de las casas viejas que son una vergüenza —masculló el joven entre dientes. Luego levantó la voz—. No se preocupe; el chico los detendrá.

Lo llamó. Chuck se levantó y vino.

—Escucha con atención. No es lo mismo estar en el Valle que en la ciudad. Los animales pueden espantarse y causar graves daños.

—Entiendo, señor Fargo —dijo el muchacho gravemente.

—Tendrás que llevártelos de nuevo al Valle. Te acompañarán algunos policías a prudente distancia...

—No querrán. Les falta May y sin ella no querrán regresar.

Sidney levantó los brazos al cielo.

—Lo que nos faltaba —clamó—. ¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo. Para nosotros era un problema cada vez que teníamos que venir a la ciudad a surtirnos de provisiones. Como que la mayor parte de las veces tenía que hacerlo mi madre. Y ya no está para

recorrerse ochocientos kilómetros a bordo de un “jeep”, ¿me comprende?

—Con claridad meridiana —contestó el joven, desesperado. Consultó su reloj—. Bueno, aún faltan cinco horas. Voy a ver si consigo dormir otro poco.

—Además, aunque me llevase a los otros cuatro, "Barrabás" está ahí —señaló Chuck.

—Ya te he dicho que uno solo no me preocupa. ¡Pero cinco...!

No pudo dormir, por más que lo intentó. Se revolvió mil veces en la silla y al cabo terminó por lanzar la manta a un lado.

Simpson vino con el teléfono.

—El piloto de rotóptero que vigila la zona nordeste quiere hablarle, jefe.

Sidney tomó el aparato.

—Habla el jefe Fargo —dijo.

—Los animales han sido avistados. Están a unos ochenta kilómetros de la ciudad y vienen a buena marcha. Son cuatro.

—Está bien, no los suelte de la mano. Vaya transmitiendo cada cinco minutos.

Devolvió el aparato. Lanzó un grito:

—¡Arriba, "Barrabás"!

CAPÍTULO X

No solamente los policías de la barrera nordeste, sino cuantos estaban presenciando la fantástica escena, creían estar soñando. Aquello era más de cuanto la mente humana hubiese podido imaginar.

Periodistas y fotógrafos, así como todo el público, eran contenidos a distancia por una sólida barrera de hombres de uniforme. El megáfono bramaba continuamente, recomendando calma y silencio, pero los

animales no parecían muy impresionados por el enorme gentío que los contemplaba.

“Lola” se acercó a "Barrabás" y frotó con éste su morro. Hubiera sido cómica la escena de no haberse tratado de dos animales tan voluminosos. Y en cuanto al diplodocos, su tamaño igualaba, si no superaba, al de aquellos. Aun siendo gigantescos, el triceratops y el estegosauro parecían pigmeos al lado de los otros.

Durante unos momentos, Chuck, a pedido del joven, intentó llevarse de allí al "rebaño". Pero los animales se negaron en rotundo a moverse, pese a los gritos e imprecaciones del muchacho, ayudado también por el propio Sidney, quien ya se movía entre ellos sin el menor temor.

El muchacho le miró, consternado.

—Es inútil —declaró—. No quieren volver atrás sin May.

—¡Vaya una situación!

Sidney estaba a punto de tirarse de los pelos. Ya no sabía qué hacer.

De pronto, cuando menos se lo esperaba, ocurrió algo insólito.

"Lola", la pareja de "Barrabás", se le acercó, olisqueándole durante unos instantes. Sidney se aguantó impávido el examen del animal, cuya boca hubiera podido partirle en dos de una simple dentellada, felicitándose de que fuera por naturaleza herbívoro. Luego, el monstruo levantó la cabeza y emitió un sonoro trompetazo.

Los otros le contestaron con un coro de berridos que ensordeció a todos los presentes. Durante unos segundos, las enormes bestias estuvieron gritando a más y mejor y, de pronto, "Lola" pareció atiesarse sobre sus patas.

Chuck, por la experiencia que poseía, adivinó lo que iba a suceder.

—Va a echar a correr —gritó. El joven comprendió instantáneamente el peligro que corrían los espectadores.

—¡Sargento! —aulló—. Todo el mundo fuera. Que se dispersen inmediatamente. Chuck, mira a ver si puedes contenerlo unos minutos.

—Trataré de hacerlo, señor —contestó el muchacho—. ¡“Lola”, baja la

cabeza! ¡Quiero montar!

Al mismo tiempo que hablaba, accionaba aparatosamente. El pesado brontosauro obedeció.

Chuck trepó rápidamente por el cuello del animal, el cual arrancó de inmediato.

—Sígame, señor Fargo —gritó.

Sidney no perdió tiempo en disquisiciones. Arrebató un transmisor portátil a uno de los policías y, colgándoselo por una correa del cuello, subió a lomos de "Barrabás", que conservaba todavía la rústica silla que el muchacho le improvisara.

El joven se aferró con todas sus fuerzas a una de las cuerdas para evitar ser arrojado al suelo. Luego empezó a hablar por la radio.

—Que todos los ciudadanos se encierren en sus casas —ordenó—. Transmitan esto urgentemente: Los monstruos son inofensivos si no se les ataca. Nadie salga de sus domicilios. Abandonen sus automóviles. Paralicen la circulación. Dejen las calles libres.

Miró hacia atrás. Los otros tres monstruos les seguían con un pesado trote que hacía retemblar el pavimento.

—Atención a todos los rotópteros. Dejen sus posiciones y acudan inmediatamente a la ciudad —señaló la emergencia y ordenó—: Vuelen constantemente por encima de nosotros.

En pocos minutos los animales llegaron a las primeras casas.

Las calles, tal como lo había recomendado y aun sin necesidad de hacerlo, estaban absolutamente desiertas. Sin embargo, en las ventanas altas se veía infinidad de curiosos que presenciaban asombrados y atemorizados, el paso de la caravana.

Un automóvil resultó machacado por un solo pisotón de "Lola". Sobre su lomo, Chuck se volvía, mirando constantemente hacia atrás.

Llegaron a la calle Mackenzie, vía relativamente ancha, que permitió a "Barrabás", forzando ligeramente el paso, adelantarse un tanto, emparejándose con el otro brontosauro. La anchura no era tanta, sin embargo, para que los coches que encontraban en su camino pudiesen ser esquivados, y los animales los aplastaban, sin prestarles mayor atención que si de simples hormigas se hubiese tratado.

Chuck se ladeó ligeramente para gritar al joven.

—"Lola" nos va a llevar donde está mi hermana.

Sidney ya había prevenido algo, pero no acababa de asegurarse de ello.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta "Lola" es un verdadero sabueso, señor Fargo. Y "Barrabás" también, pero estaba quizá un poco atontado con usted.

El joven pensó inmediatamente en los peligros que podían correr May y su hermano. Leo y sus compinches se defenderían sin duda encarnizadamente y...

Volvió a hablar por la radio. Por encima de ellos empezaren a revolotear los rotópteros, zumbando suavemente.

Pronto abandonaron las calles más céntricas, metiéndose en otras más estrechas, lo cual obligó a los animales a situarse en fila india. "Lola" continuaba en cabeza, guiando la caravana, sin un fallo, sin la menor vacilación.

* * *

En la casa, Leo y sus compinches habían seguido los noticiarios televisados minuto a minuto. Naturalmente, hubieron de enterarse de la "invasión" de animales y se miraron entre sí, inquietos.

—Hay que hacer algo —gruñó Jackie.

Chipsie se frotó las manos, haciendo resonar los nudillos.

—Esto no me gusta, Leo. Me dice el corazón que algo malo va a sucedernos.

—¿Os queréis callar, imbéciles? —gruñó el forajido—. ¿Tengo yo la culpa de que esos animales se hayan escapado de su encierro? Así es mejor, la policía tendrá que ocuparse de ellos y nos dejará en paz. Además, si hay más animales, más pronto podrán reunir el dinero del rescate.

—Sigo opinando que no obraste bien —farfulló la mujer.

En aquel momento, Jackie, que estaba junto a la ventana, lanzó un grito.

—¡Mirad! ¡Un rotóptero de la policía!

Leo se asomó a la ventana.

A lo lejos oyó un confuso rumor. Ruidos extraños llegaron a sus oídos.

—Cada vez me gusta menos el asunto —dijo Chipsie y, de pronto, exclamó—: ¿Sabeis lo que os digo? Pues, sencillamente que no tengo ganas de que me atrape la policía. Allí os quedáis con la chica. Yo...

El revólver de Leo brilló malignamente.

—Tú te quedarás aquí, Chipsie —dijo el forajido—. Viva o muerta.

—Leo, es mi mujer —objetó Jackie.

—Como si es el rey de Marte. Digo que os quedáis aquí y...

El ruido se hizo más intenso. Frente a ellos se abrieron varias ventanas. Unos cuantos inquilinos se asomaron un segundo y luego se retiraron a toda prisa.

Las puertas de las casas empezaron a vomitar gente que huía despavorida en todas direcciones.

Algunos se dirigieron hacia el lado este de la calle, pero al llegar a su final, retrocedieron despavoridos.

Varios reactomóviles pasaron disparados. Uno de ellos patinó y su cola fue a chocar con gran estruendo contra la esquina de una casa. Los que ocupaban el vehículo salieron y sin cuidarse de sus posibles heridas, echaron a correr como locos.

Otro rotóptero se unió al anterior. Dos más aparecieron a los lejos, agrandándose a medida que se acercaban a la casa.

—¡Vienen por nosotros! ¡Nos han descubierto! —chilló la mujer.

A lo lejos se oyó un estruendo fenomenal, como si se hubiera hundido un edificio. La casa tembló perceptiblemente.

—Conecta el televisor de nuevo —gruñó Leo.

La imagen del locutor apareció en la pantalla. Se le veía sobre el techo

de un camión.

—Repetimos de nuevo el mensaje. Todos los ciudadanos que habiten en el sector comprendido entre las calles Cuarta por el sur, Séptima por el norte y Avenida Polar por el este deberán evacuar sus viviendas con toda rapidez. No se entretengan en recoger nada. Huyan tal como están; incluso con ropa de cama. Pero háganlo rápidamente.

Leo miró hacia el televisor con ira. De pronto, un espantoso juramento se escapó de sus labios.

—Toda la culpa la tiene esa condenada muchacha. ¡Tráela acá, Jackie!

—Es muy fácil descargarse de sus propias culpas en los demás —dijo Chipsie desdeñosamente—. Y muy cómodo, ¿verdad?

Leo levantó la mano, golpeando el rostro de la mujer. Chipsie lanzó un grito y cayó al suelo.

Jackie volvió, arrastrando a May por una mano. Leo la tomó por el brazo y la empujó hacia la ventana

Apretó el cañón del revólver contra la sien de la muchacha.

—Vienen a buscarte —dijo—. Cuando los veas, les dirás que retrocedan. De lo contrario, apretaré el gatillo, ¿estamos?

Sin moverse de la postura en que estaba, May sonrió desdeñosamente.

—Si vienen los que yo imagino, no conseguiré detenerlos. Ellos no saben lo que es un revólver ni, naturalmente, un secuestrador y asesino.

—¡Maldita! Lo harás o te mataré; ya me has oído.

Un sonoro trompetazo sonó a lo lejos. Los rotópteros seguían dando vueltas encima de aquel sector.

Bruscamente la casa de la esquina se desplomó, en medio de un fragoroso estruendo. Nubes de polvo y tierra se elevaron a lo alto, en tanto que los escombros se esparcían por todas partes.

Jackie lanzó un gemido.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

May también gritó. Acababa de reconocer a su hermano, cabalgando

intrépidamente sobre "Lola". La calle era demasiado angosta para permitir el giro del animal cómodamente y éste, obrando según le dictaba su instinto, no había encontrado mejor medio de abrirse paso que suprimir el obstáculo. El muchacho había sido inteligente, apeándose primero y montando nuevamente cuando vio que “Lola” podía pasar ya.

El enorme animal avanzó a lo largo de la calle, aplastando cuantos obstáculos salían a su paso y haciendo temblar el pavimento con sus pesadas patas.

Jackie lanzó un grito convulsivo.

—Yo me voy. No quiero nada con esas bestias —exclamó despavorido.

Y echó a correr.

Leo soltó una maldición. Giró en redondo y apretó el gatillo.

Jackie dio un salto convulsivo, cayendo de bruces junco a la puerta. A su lado, Chipsie parecía haber enloquecido.

May aprovechó la ocasión. Cuando Leo vino junto a ella, le atacó valerosamente.

El forajido, cogido por sorpresa, cayó de espaldas. La pantalla del televisor estalló sonoramente. El revólver cayó de sus manos.

La muchacha se precipitó a recogerlo. Leo saltó hacia ella, sujetándole la mano. Golpeó el rostro de May despiadadamente.

Pero May no cedió. Además, tenía una mano libre y recurrió al arma favorita de las mujeres: las uñas.

Leo lanzó una espantosa maldición al sentir los arañazos en su rostro. Arreció en sus ataques y logró desprenderse de la muchacha.

May salió despedida con terrible violencia. Chocó contra una mesita y la derribó, rodando luego al suelo, a un par de metros de la ventana.

El forajido parecía haber perdido la razón. Todo un lado de su cara sangraba profusamente. Jadeaba al hablar.

—Ponte en pie —dijo, amenazándola con el revólver—. Viviremos los dos o los dos moriremos. Levántate o disparo.

May se echó el pelo a un lado con gesto maquinal. Se arrodilló en el

suelo, tratando de reparar un desgarrón sufrido en la blusa.

—¡Vamos! —chilló Leo. El ruido en la calle era ya fenomenal.

La muchacha terminó de ponerse en pie. Leo se acercó a la ventana, caminando de costado.

—Asómate —ordenó—. Asómate y di que paren esas bestias, o de lo contrario...

Se interrumpió bruscamente, lanzando un chillido de terror. La casa pareció hundirse cuando una enorme cabeza asomó por la ventana, rompiendo parte del muro para poder pasar.

Chipsie se desmayó ante aquella visión de averno. Por su parte, May trató de contener al brontosauro.

Gritó:

—¡Quieta, "Lola"! ¡Atrás! ¡Atrás, te digo! Chuck, llévatela.

Quizá la muchacha hubiera logrado algo positivo, de no haber sido porque Leo parecía haber enloquecido.

El asesino apretó el gatillo varias veces. Las detonaciones resonaron estruendosamente en el reducido ámbito de la estancia.

Las balas, naturalmente, no causaron el menor efecto en la dura piel del monstruo. El cuello del brontosauro siguió su avance.

Leo retrocedió, aullando como un poseso.

—¡No, no! ¡Nooo...!

May se tapó los ojos para no ver la espantosa escena. La boca del animal se abrió, atrapando entre sus agudos dientes el cuerpo del criminal.

El último grito de Leo se convirtió en un gorgoteo que nada tenía de humano. Se oyó un siniestro crujir de huesos y luego los gritos cesaron.

"Lola" retiró su cabeza, sin soltar la presa. Movió el cuello varias veces y luego lanzó a lo lejos un sanguinolento pingajo que se estrelló contra el suelo a treinta metros de distancia.

Acto seguido volvió a meter la cabeza en la casa. Pero entonces, May,

dominando sus aprensiones ante la vista de aquellas fauces que chorreaban sangre, se colocó delante del animal.

—¡Basta ya, "Lola"! —gritó—. ¡Atrás, atrás! —y golpeó con su puño cerrado el gigantesco hocico.

Luego apoyó sus palabras rompiéndole una silla sobre el morro.

El brontosauro pareció, al fin, comprender aquellas razones. Cerró la boca y emitió un sonoro ronroneo de satisfacción. Retiró la cabeza.

Un hombre penetró en aquel momento en la estancia.

—¡May! —gritó el jefe de Policía.

—¡Sidney! —exclamó ella, corriendo a refugiarse en sus brazos.

Chipsie contemplaba la escena con ojos dilatados. De pronto, su cuerpo se estremeció bruscamente y rompió a reír con estridentes carcajadas.

Dos o tres policías más, con sendas pistolas en las manos, penetraron en la habitación.

—Ya no hace falta —dijo el joven—. Traigan una ambulancia y llévense a esa mujer a un sanatorio. Ya la interrogaremos más tarde, si se recupera.

Chipsie seguía riendo cuando se la llevaron. Entonces, Sidney tomó a May por la cintura.

—Vamos —dijo, y ella asintió de inmediato.

Cuando la muchacha apareció en la calle, un sonoro rugido se elevó de todas las bocas de las bestias. Por encima de ellos, un rotóptero evolucionaba continuamente, a fin de ofrecer a los telespectadores las primicias de aquel sensacional reportaje.

* * *

Desde la veranda de la colina, Sidney contemplaba pensativamente el reflejo de la luna en las aguas del lago.

May salió de la casa con una taza de café en las manos.

—Toma, Sid —dijo.

—Gracias —murmuró él. Sorbió el café y luego dejó la taza a un lado. Prendió un cigarrillo—. Fenton tenía razón. Los saurios no podían vivir.

Ella asintió pesadamente.

—Ha sido una lástima, Sid. Me había encariñado con ellos.

—Nuestra atmósfera era demasiado rica en oxígeno para ellos. El profesor Dairless, que ocupa la misma cátedra que tuvo tu padre, dijo que el ciclo de su vida lo cumplieron en poco más de veinte años, cuando lo normal hubiese sido que hubieran vivido hasta quizá dos siglos. Cuando yo llegué aquí estaban ya en su ancianidad.

—Parecieron morir fulminados poco después. Por eso el estegosauro se tumbaba con tanta frecuencia últimamente.

—En su instinto animal, "Tumbón" preveía ya su fin —dijo el joven—. Así murieron todos los saurios de la antigüedad: demasiado oxígeno, y luego una época glaciar —ellos apenas si pueden soportar el frío—, acabó con los pocos supervivientes que habían quedado.

—Al menos, han quedado numerosas películas y fotografías. No deja de ser un relativo consuelo.

Sidney asintió.

—Sí; y ello te producirá el suficiente dinero para pagar las indemnizaciones por los daños sufridos. Además, si fueras a hacer caso a todas las propuestas que, en tu nombre, he recibido... Te has convertido en una mujer célebre y famosa. Todos los contratos que desees y al precio que quieras con sólo insinuarlo, te ofrecerán los mejores empresarios del mundo. Cine, televisión...

—No quiero nada de eso, Sid. Vivo aquí muy tranquila... y tú también te has hecho famoso.

—Quieren reelegirme otra vez como jefe de policía —rió él—. Se ve que mi entrada a caballo sobre "Barrabás" causó sensación.

—La lástima es que no la puedas repetir, Sid.

Se miraron a la cara. De pronto, él la estrechó entre sus brazos.

Ella no opuso la menor resistencia. Sus labios iban ya a unirse cuando,

de pronto, sonó una voz fresca, juvenil.

—¡Eh, chicos, venid, mirad lo que he encontrado!

Vieron la silueta de Chuck al pie de la colina. El muchacho parecía empujar un barril gigantesco.

—Venid a ayudarme; esto es demasiado para mí.

Sydney y May corrieron cuesta abajo. Al llegar junto a Chuck lanzaron una exclamación simultánea.

—¡Chuck!

El muchacho sonreía, enormemente ufano, en tanto señalaba el gigantesco huevo sobre el cual apoyaba sus manos.

—Lo encontré allí —señaló un punto hacia el Sur—. Y hay más. Lo menos cuatro o cinco. Uno de ellos ya empieza a agrietarse. Son los hijos de "Barrabás" y "Lola".

—¡Caramba! Ésta sí que es una noticia sensacional —exclamó Sidney.

—Nada de noticia —dijo May—. Nadie sabe de la existencia de estos huevos. Aunque lamento la muerte de los animales, me alegro por otra parte, porque así dejan tranquilo el valle. ¿Qué opinas que sucedería si se enterasen de que ha quedado descendencia?

Sidney se rascó la nuca.

—Tienes razón. Aun con todo, estos días han venido demasiados curiosos. Claro está que su interés se irá apagando paulatinamente, pero si supiesen...

—No lo sabrán —dijo ella firmemente.

—De acuerdo —Sidney sonrió—. Y, como la vez anterior, tú te encargarás de su educación, ¿verdad?

Ella bajó los ojos muy encarnada. Sidney frunció el ceño.

—Chuck, lárgate. Tu hermana quiere decirme algo.

—Sí —masculló el chico—. ¡Qué rabia de esposos! ¡Todo el día se lo pasan secreteando entre ellos!

—Bien —dijo Sidney cuando se hubieron quedado a solas—; ¿qué es

lo que tenías que decirme?

Chuck silbaba, sentado a la orilla del lago, unos metros más allá.

May susurró.

—Quería decirte que… quizá sea nuestro hijo el que se encargue de amaestrar a los saurios que nazcan, Sid.

Los ojos de Sidney se iluminaron.

—¡Querida! —fue todo lo único que supo decir.

—Eh —gritó Chuck—, ¿es que se ha puesto enferma?

Luego, de repente, la tomó en brazos.

—No, todo lo contrario —contestó Sidney, apoyando contra su pecho la deliciosa cabecita de su esposa.

Chuck se puso las manos en las caderas.

—¡Estos recién casados! —murmuró—. Está bien; tendré que subir yo solo el huevo.

FIN

[1] El resto del párrafo es ilegible. Lo lamento. (NE)